

## EL HOMBRE QUE DA LAS RESPUESTAS

A principios de junio de 1989, llegué a La Habana. Por primera vez. No pasaba de ser un típico guajiro oriental en la capital cubana. Embelesado. Medio perdido, como si estuviera en una selva de concreto, con animales de metal. Curioso por todo. Distráido. Torpe.

No conocía a nadie, y nunca había realizado una entrevista, pero estaba determinado a conversar con personas que habitaban en la memoria o en mis apuntes, como héroes, ante los cuales me sentía pequeño. La mítica de la Revolución Cubana y la ingenuidad histórica contribuían al aturdimiento y al enanismo. Dejé la mochila y, como si se fuera a acabar el tiempo, comuniqué por teléfono con más de una decena de ellos. Era un sábado, al atardecer.

Todos se excusaron de no poder atenderme el domingo. Fueron proponiendo fechas, que acepté sin que importara su coincidencia. Cuando agoté los teléfonos de aquellos que tenía clasificados como prioritarios, ya sin esperanzas de comprometer el domingo, disqué el teléfono del doctor Luis M. Buch Rodríguez.

Del otro lado me atendió Conchita, la esposa, y me obligó a contarle intereses y propósitos. Para mi sorpresa, en tres minutos tenía arreglada la entrevista, que sería justamente esa misma noche. El doctor Buch anunció que estuviera listo, que en media hora pasaría por mí. Así fue.

Durante todo el breve recorrido hasta su residencia, en la avenida Primera, No. 1606, en Miramar, fue haciendo preguntas sobre Santiago de Cuba y las pretensiones que me animaban. Respondí, sin dejar de mirar, atontado, la majestuosidad del entorno. Cuando penetramos al enorme estacionamiento del *chalet* donde vivía, lo primero que se me ocurrió fue que el doctor Buch y su familia ocuparían, a lo sumo, uno de los pisos del inmueble. No me reprimí, así que lo pregunté. La respuesta fue instantánea: vivía allí, sin aclarar si en un piso o en dos, sin precisar desde cuándo. Ya dentro, me percaté de que toda la mansión era suya.

En la primera de nuestras conversaciones, el doctor Buch me confundió, y lo hice víctima de mis prejuicios en relación con la riqueza. Tenía ante mí a un hombre extremadamente sencillo: en el vestir, en

su lenguaje, en sus modales, en su trato. Particularmente modesto y reservado. Afable. Sobrio. Y, sin embargo, inmotivadamente, por puro prejuicio, tenía la sensación de estar en presencia de un aprovechado o de un burgués venido a menos con la Revolución, quien, por extrañas razones, permanecía en Cuba. Pasadas las semanas, tras muchas conversaciones sobre la Revolución Cubana y su desempeño en ella, acerca de su pasado, comprendí cuán equivocado andaba, cuán injusto había sido con el hombre que generosamente logró el milagro de que aquel domingo la agenda quedara harta de compromisos, denegados o marginados poco antes; con el hombre quien abrió muchas puertas para la indagación histórica, que de lo contrario hubiesen permanecido vedadas, y, sobre todo, con quien me dio acceso privilegiado a los muchos recovecos de su vida política.

Pasados los meses, los años, cuando de la primera de nuestras conversaciones nació una muy profunda e íntima amistad, casi familiaridad, la suerte quiso que en uno de los momentos más difíciles de su vida, estuviera junto al doctor Buch en aquella, su casa entrañable.

Al caer la tarde, en un febrero endemoniado, de un año al que mejor no se le recuerda, ni por el clima ni por el pan, desde la terraza de su casa vi junto a Luisito, su único hijo, cómo a corta distancia de la costa se hacía inmensa una ola bravucona y cómo avanzó, incontenible, por encima de los bolos de concreto y las cabillas, que mucho tiempo atrás habían sido enterrados en la dura roca marina para amenazar la fuerza probable de los nortes, y cómo aquella masa de agua corrió por el largo patio cementado para estrellarse, finalmente, contra las paredes de la casa.

El parapeto de gruesos tablones de madera que, previsoriamente, habían armado para proteger las puertas y ventanas de cristal fue destruido en el primer golpe de agua. Las olas sucesivas, ya sin vencer obstáculos, inundaron la planta baja, destruyendo totalmente los reducidos de esplendor y riqueza de la casa, aquellos que habían logrado sobrevivir a más de treinta años de sobriedad y limitaciones económicas. El piano de Conchita, en el que durante la tiranía se había logrado notas de un evidente sabor antibatistiano, fue deshecho; las teclas flotaban en el interior de la casa, primero, y después en la avenida Primera. Los finos y elegantes muebles, donde tanta burguesa habanera sudó sus orgullos y sus miserias; en los que prominentes y distinguidos revolucionarios estuvieron discutiendo tiempo atrás la suerte del país; donde conversé por última vez con Faustino Pérez Hernández acerca de su actuación como ministro de Recuperación de Bienes Malversados, todos quedaron des-

truidos. La biblioteca personal, que atesoraba virtualmente toda la producción histórica cubana, desde los primeros escritos y títulos, resultó seriamente dañada. La rica colección de *Bohemia* se perdió toda. En su casa, el mar embravecido destruyó objetos de valor museable, y restó riqueza al patrimonio histórico de la nación.

No sólo fue la casa. Los altos muros de separación con la que había sido la mansión del cerebro financiero de Batista, Joaquín Martínez Sáenz, en dos golpes de agua más quedaron destrozados. Esa tarde sentí bastante miedo, quizás el mismo que experimentó el doctor Buch, el hombre que no tembló cuando le tocó preparar y dirigir una importante zona de Cuba ante la inminencia, sobre suelo nacional, de un fatídico conflicto termonuclear soviético-estadounidense. El revolucionario que no había palidecido ni vacilado cuando, en infinidad de oportunidades, pudo morir por bala, por accidente o por la traición rencorosa de sus enemigos o la furia del ciclón *Flora*, en las llanuras del río Cauto, se vio sobrepasado y derrotado por la fuerza del mar que tantas veces lo sedujo. El seductor se transfiguró en reductor. Aquella tarde, el doctor Buch aceptó una retirada, la evacuación a la casa de *Ernestico* —Ernesto Buch Santos—, el primo, quien, como muchos de su familia, estuvo comprometido con la Revolución iniciada en el cuartel Moncada, pero que fue de los pocos Buch que decidieron permanecer junto a Fidel Castro cuando las definiciones políticas e ideológicas obligaron a la familia a decidirse entre la Revolución o el exilio.

En la casa de Miramar, tras su espectacular fuga de la Audiencia de La Habana, fue a esconderse Armando Hart, entonces uno de los principales dirigentes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Hart permaneció escondido en la segunda planta durante casi tres meses. En virtud de ello, se transformó en casa de máxima seguridad y en uno de los principales centros de conspiración en La Habana, pues a Hart lo iban a visitar los más connotados jefes del Movimiento 26 de Julio. Paralelamente, un comando urbano preparaba un atentado contra Joaquín Martínez Sáenz, cuando este saliera de su *chalet*. De producirse el atentado, con toda seguridad, la casa del doctor Buch se hubiese “quemado”, con el peligro que ello entrañaba para él y para el propio Hart. La conversación oportuna del doctor Buch con el jefe del comando urbano, doctor Luis Orlando Rodríguez, logró evitar la ejecución del plan. Martínez Sáenz murió en el exilio, sin saber que salvó la vida gracias a ser vecino del hombre que amparaba al clandestino más buscado en La Habana por esos días.

Durante mucho tiempo, aquella casa sirvió para diversos propósitos revolucionarios. Muchas veces, los inofensivos juegos de canasta de Conchita con la esposa de un connotado político batistiano, quien estacionaba su auto de placa oficial frente a la mansión, sirvieron de mampara a las actividades revolucionarias del doctor Buch. La cobertura que proporcionaba la riqueza permitió que Conchita lograra que muchas de las burguesas que la frecuentaban, sin desearlo ni imaginarlo, proporcionaran el alimento y las vituallas requeridas para el movimiento clandestino, siempre bajo la cobertura de reunir limosnas para los menesterosos de La Habana. La posición social y sus dineros, su prestigio profesional y una aparente neutralidad política, le permitían al doctor Buch moverse y mover con entera libertad a los revolucionarios más perseguidos por la Policía en la capital.

No es de extrañar que aquellos lazos históricos ataran al doctor Buch a su casa de Miramar. Ello, al margen de que tenía la virtud de ser el producto de su fantasía arquitectónica. La residencia fue concebida y construida a su gusto a mediados de la década de los años cincuenta, en el esplendor de la fortuna personal.

En los años cuarenta y cincuenta, siendo el titular de un poderoso bufete privado situado en los apartamentos 113 y 114 del edificio del Banco Nova Scotia, representando los intereses de los grandes comerciantes de Pinar del Río, Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente, enfrentados a los comerciantes habaneros reunidos en la Lonja del Comercio de Cuba, el doctor Buch acumuló una fortuna considerable, con la que adquirió un edificio en La Habana, que le reportaba una pensión sostenida, abundante; compró terrenos y autos; construyó una casa de verano en la playa de Tarará, y ordenó construirse la casa de Miramar a un costo de decenas de miles de pesos de la época. La habitó a partir de su terminación, en 1956, contando con un extenso servicio doméstico de cinco empleados, algo muy propio de la burguesía y la aristocracia cubanas de los años republicanos, porque el doctor Buch, aunque no le agrade el recuerdo, pertenecía a la élite social de Cuba.

En 1938, se había graduado de abogado en la Universidad de La Habana, y un año después se había ido a administrar una mina de manganeso en Baire, Oriente, de la que regresó, años después, curtido en la experiencia empresarial y con grandes relaciones en el sector comercial y profesional. A partir de entonces, comenzó su carrera de burgués, progresando aceleradamente hasta acaudalar la fortuna que le permitió vivir en el lujo y la opulencia, y en cierta apatía política, descreído de que en Cuba pudiese haber una revolución.

Hasta ese momento de su vida, padeció los rigores de una economía familiar estrecha, venida a menos en la crisis económica iniciada en 1929 y continuada a principios de la década de los años treinta, la que enfrentó prontamente, independizado de la familia e integrado a la lucha revolucionaria de forma tan comprometida que apenas pudo reunir los recursos mínimos para sobrevivir y pagarse los estudios de Derecho Civil y de Filosofía y Letras. Entonces, carecía de dineros y propiedades, pese a provenir de una familia de honda raigambre social y éxito económico, originaria de Cataluña y cuyo laboratorio-cuna fue la ciudad de Santiago de Cuba, siglos atrás.

El apellido Buch llegó a Cuba en el último tercio del siglo XVIII, para quedar, al cabo de dos siglos, diseminado por Cuba y los Estados Unidos, signado por acuñar a una familia de profesionales liberales y empresarios exitosos. Lo trajo a Cuba el joven catalán Santiago Buch Molas, hombre ilustrado, laborioso, de fértiles ambiciones, nacido en el pueblo ribereño de Calella, en la provincia de Gerona, a mediados del siglo XVIII. Heredó un apellido cuyos ancestros más antiguos proceden de una región alemana que se ha extraviado definitivamente en el árbol genealógico de la familia.

Recuerdo que una tarde, ya sin fecha, poco después de conocer al doctor Buch en La Habana, descubrí con asombro que una calle del importante reparto Sueño, en la ciudad de Santiago de Cuba, llevaba su nombre: Luis Buch Rodríguez. Fui asaltado por la duda. No creí, realmente, que fuera un nuevo homenaje a su persona, pues desde el año 1959 se estableció una norma, precisa y terminante: la de no dar el nombre de personalidades políticas vivas a calles, parques, edificios, o instituciones públicas. Todo provino de un intento de situar un busto del doctor Fidel Castro en una calle habanera. El doctor Buch había rubricado aquella Ley, en su condición de ministro de la Presidencia del Gobierno Revolucionario. Por supuesto, le pregunté. Él se encargó de esclarecer que se trataba de uno de los varios homenajes que de las autoridades de la ciudad había recibido, *post mortem*, su abuelo, de idénticos nombres y apellidos que él: Luis María del Rosario Buch Rodríguez, nacido en Santiago de Cuba en 1853.

El abuelo Luis María del Rosario fue un maestro prominente y filántropo estelar de la ciudad; fundador de dos grandes colegios de la República: *Las Dos Américas* y *Juan Bautista Sagarra*, además del Hospital de Emergencias de Santiago de Cuba, en 1922, en parte con la realización de trabajo voluntario, del que es, en cierta medida, un precursor en Cuba.

Su abuelo prestó servicios en el Ejército Libertador, en calidad de enlace. A lo largo de la última guerra cumplió no pocas riesgosas misiones guerreras, sin ser capturado por los voluntarios o los guerrilleros. Esta experiencia y su férreo carácter, marcado por la época, hicieron que el abuelo concibiera un régimen escolar en el colegio *Juan Bautista Sagarra*, caracterizado por la práctica y exigencia de una disciplina y unos procedimientos semimilitares, con la obligatoriedad en el uso por parte de los alumnos, todos niños, de un uniforme militar adornado con guerrera e insignias militares y prácticas escolares con sabor del fuero. A estas severas maneras fue sometido el niño Luis María Buch Rodríguez cuando comenzó a asistir al colegio de su abuelo.

Su abuelo tuvo cuatro hijos con Ana Ramírez Lorente, el segundo de los cuales fue su padre, Luis Buch Ramírez, nacido el 27 de noviembre de 1884 y fallecido el 5 de noviembre de 1962, en la ciudad natal, Santiago de Cuba. Su padre contrajo matrimonio con María Caridad Rodríguez Laenza, joven santiaguera nacida el 14 de mayo de 1881 y fallecida en la emigración, en Puerto Rico, en 1982, a los 101 años de edad. Del matrimonio hubo cuatro vástagos, siendo Luis el segundo de ellos.

Luis María Buch Rodríguez nació el 7 de agosto de 1913, en la calle Enramadas, esquina a Clarín. Su abuela paterna, Ana Ramírez Lorente, mujer dulce y exigente, le enseñó las primeras letras y los primeros números. Tras cursar el *kindergarten*, fue matriculado en el colegio *Juan Bautista Sagarra* hasta la preparatoria, último grado de la enseñanza primaria. Al arribar a los 13 años, podía comenzar ya los estudios de segunda enseñanza, si cumplía previamente con el requisito de vencer los exámenes de ingreso, que se realizaban en junio y septiembre de cada año en el Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente. Por haber nacido en agosto, tuvo que dejar pasar la convocatoria de junio. Quiso presentarse en septiembre, pero una tía, quien le impartía inglés en el colegio, estimó que dar el salto de enseñanza en ese momento no era necesario y que podría repetir la preparatoria para estar en mejores condiciones de iniciar el bachillerato. En realidad, se evitaba por rivalidad familiar, el que no se anticipara a un primo hermano, hijo de un renombrado cirujano santiaguero. Luis acató la decisión familiar, pero aquel golpe lo marcó muy hondamente.

Al iniciarse el nuevo curso, quedó convertido en un rebelde. Al tener los conocimientos del grado, dejó de prestarles atención a las clases, caracterizándose por ser fuente de diversas indisciplinas, en un cole-

gio cuyo rasgo distintivo era la hermética sumisión propugnada. Ya para entonces, Luis no desperdiciaba oportunidad para rebelarse.

Su abuelo murió. El nuevo director del colegio *Juan Bautista Sagarra*, Francisco Ibarra Martínez, hombre más liberal, se propuso eliminar progresivamente la disciplina y el esquema semimilitar de la escuela, sustituyéndolos por conceptos más flexibles, civilistas, modernos. En una ocasión, al develarse un monumento a los primeros mártires de la revolución por la independencia en Santiago de Cuba, a donde asistirían los alumnos, el nuevo director dispuso que el desfile se hiciera sin seguir la tradicional formación militar, por lo cual los “oficiales” debían incorporarse en igualdad de condiciones a los “soldados” del colegio. Luis se sintió lastimado con una disposición que desconocía su condición de “oficial”. Le reclamó al director que los “oficiales” no tenían que formar filas, sino mandar a los “soldados”. Sin razonamiento alguno, le indicaron que eso ya estaba decidido y que él debía obedecer. Luis se negó. Discutieron. Sobresaltado, Luis se arrancó las insignias que le conferían el grado de “primer teniente” y en condición de “soldado” se incorporó al conjunto. Fue su primer acto de desacato a la autoridad.

Pasado el curso, se presentó a exámenes y aprobó el ingreso a la Segunda Enseñanza. Fue matriculado en el colegio *Dolores*, de la Congregación Católica de los Jesuitas. Sufrió entonces un vertiginoso proceso de conversión a filomático, cumplidor del ritual católico. Pero no habría de durar mucho. La ruptura vendría en el momento de disputar el premio que se otorgaba en la asignatura Geografía Universal.

Luis sentía una gran inclinación por sus contenidos, lo que motivó que fuera muy aplicado en la materia. En los exámenes ordinarios obtuvo calificación de sobresaliente, requisito esencial para presentarse a disputar en un examen especial el premio de Geografía Universal. Cinco alumnos concurren a la convocatoria. Al intercambiar la información de cómo habían respondido las distintas preguntas, estuvieron de acuerdo en que el único que había respondido correctamente todo el examen era Luis, con lo que le tocaba “llevarse el gato al agua”. Días después, el colegio convocó a una reunión festiva de familiares, alumnos e invitados. Se aprovechó la ocasión para dar a conocer los distintos premios otorgados en cada una de las materias convocadas. Cuando llegó el turno de Geografía Universal, sorprendentemente, el premio fue otorgado a Enrique Bravo, hijo del profesor titular de la cátedra de Geografía e Historia Universal en el Instituto de Segunda Enseñanza. Entre aplausos, Bravo subió al entarimado y recogió el certificado.

Luego, en calidad de primer *accésit*, fue llamado Luis. Hubo aplausos, pero el joven se quedó quieto en su silla, petrificado, sin contestar siquiera ninguno de los continuos llamados para que recogiera el diploma acreditativo.

Al día siguiente, en la puerta del colegio lo esperaba un Hermano de la Congregación. Lo llevaron a presencia del Prefecto. Le preguntaron las razones de su negativa a recoger el certificado. Luis, lastimado por la injusticia, explicó que los propios examinados habían discutido los resultados y que todos estuvieron de acuerdo en que el premio le correspondía, pero que se lo habían otorgado a Bravo por el favoritismo de ser hijo del profesor titular de la asignatura. Como colofón de la conversación, el Prefecto extendió el certificado. Luis lo tomó y, sin reparar en su contenido, lo arrojó al cesto de los papeles. De inmediato, fue expulsado.

Vino luego el consabido cabildeo familiar de rigor. Las gestiones del padre, de los familiares más próximos, las puertas tocadas y las explicaciones y excusas ofrecidas, y su reingreso al colegio. Pero ya lo hizo, después de un crudo análisis, con profundo decaimiento en su endeble fe católica y en calidad de aliado de los compañeros más ariscos y revoltosos, unidos en frecuentes y graves travesuras escolares. Había escogido Luis, definitivamente, el partido de los irreverentes, y al sumarse a filas, se salvaría, en su pronta entrada al Instituto de Segunda Enseñanza, de ser víctima de las acostumbradas “novatadas”.

Al fin del curso, fueron sometidos a exámenes ante distintos tribunales formados por los profesores del Instituto de Segunda Enseñanza, pues el colegio *Dolores*, como institución privada, se incorporaba al Instituto a fin de oficializar el pase de año. Luis logró pasar el año, que resultó ser el primero y el último en el colegio *Dolores*, por no poderse costear la matrícula, dada la caótica situación financiera de la familia, a consecuencia de la inesperada quiebra de los negocios del padre tras el *crac* bancario de 1929.

El joven Luis se vio obligado a sortear la tempestad financiera, repasando a los alumnos retrasados por tres pesos al mes. Tostó y vendió café como ayuda a la familia en bancarrota.

Su ingreso al Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente coincidió en época, 1929-1930, con un recrudecimiento de la represión política en el país y de la lucha obrero-estudiantil contra la dictadura de Gerardo Machado Morales. Con la llegada del mes de septiembre de 1930, debía reiniciarse las actividades docentes, pero el curso se retrasó como



consecuencia de la agudización de la situación. La muerte del estudiante Rafael Trejo, en La Habana, desató las pasiones políticas, radicalizando notablemente al estudiantado cubano. En Santiago de Cuba, la sangre trejista provocó la ira estudiantil en el mayor y más renombrado centro escolar de la provincia de Oriente: el Instituto de Segunda Enseñanza. Luis participó de las protestas. Hubo muertos y heridos, sangre y detenciones abundantes.

Los estudiantes no se amilanaron. Buscaron protección en una casa vacía de la calle Corona para planificar las respuestas y crear el instrumento de aglutinación y lucha. Allí acordaron formar el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza. Democráticamente, eligieron a los directivos. Luis quedó en calidad de suplente. A los pocos días, tras una vacante, ingresó a la dirección del Directorio Estudiantil, con el número trece.

Esta corta hoja de servicios a la revolución antimachadista fue suficiente para que el Supervisor de la Policía de Santiago de Cuba, el sanguinario comandante Arsenio Ortiz, conminara a su abuelo materno para que en menos de cuarenta y ocho horas lo sacara de la ciudad. Durante meses, mientras Arsenio Ortiz permaneció en Santiago de Cuba, Luis estuvo refugiado en Banes, en el norte de la provincia de Oriente.

Cuando el Gobierno de los Cien Días fue derrocado en La Habana, a mediados de enero de 1934, Luis recibe su título de Bachiller en Letras y Ciencias por el Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente. Con sólo diez pesos que le obsequió la abuela paterna, parte para La Habana, dispuesto a doctorarse en Derecho Civil y en Filosofía y Letras, como muchos de sus primos y amigos. La precariedad económica familiar lo obligó a acogerse a la matrícula gratuita que la Universidad de La Habana ofrecía a los estudiantes pobres. Para costearse los gastos de sus estudios universitarios, en una ciudad en ebullición política, con la reacción “haciendo su agosto” revanchista contra las fuerzas políticas de izquierda y reformistas, Luis vendió limones en el Mercado Único. Su sobrevivencia fue, necesariamente, ajetreada y diversa. Luis asistía a clases, se ganaba la vida y participaba de las asambleas para la depuración del profesorado machadista, y de las manifestaciones estudiantiles.

La polarización de las fuerzas políticas y el incremento de la represión contra el movimiento estudiantil condujo a que los sectores más radicales se pronunciaran por convocar a una huelga universitaria. Para

conseguirla, en el anfiteatro del Hospital Calixto García, en asamblea general de estudiantes, se constituyó un Comité de Huelga. Luis se integra en calidad de suplente. Deviene miembro efectivo por una pronta contingencia del titular, en este caso José Ángel Bustamante O'Leary, detenido por los cuerpos represivos. De esta manera, Luis une sus esfuerzos a los propósitos revolucionarios de Carlos Rafael Rodríguez, Salvador Vilaseca, Willy Barrientos, Manuel Menéndez Massana y otros miembros del Comité de Huelga.

La huelga fracasó y el Comité de Huelga se transformó en Comité Estudiantil Universitario (CEU). Luis es uno de sus miembros ejecutivos. En el CEU permanecerá, activo y protagónico, hasta su disolución en 1937, con la reapertura de la Universidad y la nueva vertebración de la Federación de Estudiantes Universitarios, bajo la presidencia de José Ángel Bustamante.

Desde 1934 Luis se integra a Joven Cuba, la organización insurreccional fundada por Antonio Guiteras. Los métodos son violentos y el peligro de muerte es constante. Pero ya Luis anda acompañado, íntimamente. Un día antes de su aniversario en 1935, el 6 de agosto, a las once de la mañana, en la notaría del doctor Miguel Ángel Tamargo y Vidal, en la calle Empedrado, en presencia del famoso escultor Domingo Ravenet Esquero y del abogado Ismael Jordán Martín, en calidad de testigos, Luis contrae matrimonio civil con la joven Concepción Acosta Hechavarría, santiaguera de veinticinco años (6 de mayo de 1910). El 13 de agosto el Juez Municipal del Este, doctor Ignacio Morales Herrera, inscribió el matrimonio por acta 555, del folio 590, del tomo 48 del Libro de Matrimonios. Todo conforme con la Ley.

En realidad, el matrimonio fue efectuado en el mayor sigilo impuesto por la clandestinidad revolucionaria de los novios. La revolución, desde el primer encuentro, los había unido. El amor les sobrevino en el fragor de las intensas jornadas de lucha en Santiago de Cuba. La compañera de la vida sería también la compañera de lucha, porque a Conchita no le era ajeno el ajetreo conspirador de Luis, pues provenía de una familia de larga y prestigiosa estirpe revolucionaria. Juntos asumieron cada una de las responsabilidades políticas, la más importante de todas, el ajusticiamiento de Carmelo González el traidor de Antonio Guiteras en El Morrillo, en mayo de 1935.

Tras duros golpes, el accionar de Joven Cuba, y con él las actividades revolucionarias de Luis, fueron disminuyendo. La capacidad militar de la organización fue golpeada y la carencia de un líder mermó las

posibilidades revolucionarias. La reacción, compulsada por la favorable situación interna y los acontecimientos universales, comenzó a coquetear políticamente. Se decretó una amnistía política y se reabrió la Universidad de La Habana. Comenzó a manejarse, con visos de permanencia, cierta tolerancia política. La frustración revolucionaria se consolidó, rápidamente.

Este proceso terminó destruyendo lo que quedaba de Joven Cuba. Ofrecido un pacto político electoral por Ramón Grau San Martín, la mayoría del Comité Central de la organización estuvo de acuerdo, renunciando a la vía insurreccional para hacer la revolución. Sólo una minoría, entre la que se encontraba Luis, se opuso al arreglo, rechazando los puestos políticos ofrecidos por el expresidente. Esto determinó la ruptura de Joven Cuba y el alejamiento de Luis de la actividad revolucionaria, consumido por una enorme frustración política.

Con la reapertura de la Universidad en 1937, Luis y Conchita se reincorporaron a sus estudios. Fue en este año en el que Luis pudo haber pasado a la historia nacional como el homicida de un expentarca del 33, protagonizando, quizás, el último de los duelos escenificados en Cuba. Ocurrió que en las asambleas de depuración de profesores machadistas habidas en la Universidad de La Habana, tras la revolución de septiembre de 1933, no todos los catedráticos de notorios antecedentes machadistas fueran purgados. El doctor Antonio Sánchez de Bustamante, prestigioso internacionalista cubano, de renombre continental y europeo, se salvó de la depuración estudiantil, pese a sus estrechos vínculos y su abierta colaboración política con la tiranía de Gerardo Machado. Entre otras muchas cosas, había sido el Presidente de la Asamblea Constituyente fabricada por Machado para prorrogar, en 1928, su mandato. Los estudiantes no borraron ni le perdonaron aquel pasado.

El doctor Sánchez de Bustamante era un anciano. A esta condición biológica obedeció que el acto de protesta de los estudiantes por su aún permanencia en el claustro de la Universidad de La Habana fuera silenciosa. Todos los estudiantes del cuarto año de la carrera de Derecho, una de aquellas tardes, le esperaron a todo lo largo de la escalinata de la Facultad de Derecho, custodiando su marcha hasta el aula donde iba a impartir conferencia. El doctor Sánchez de Bustamante, confundido, saludó amablemente a los estudiantes por el supuesto homenaje que le rendían. Cuando el profesor estaba ya en su silla, todos los estudiantes se marcharon, dejándolo solo.

Por supuesto, se produjo la denuncia ante el Decano y el análisis con los organizadores de la protesta. En las investigaciones participaron varios profesores. Los estudiantes explicaron sus motivos. Hubo una reunión en el Decanato. El doctor Guillermo Portela, Catedrático Titular de Derecho Penal, exmiembro de la Pentarquía de 1933, salió en defensa de su colega Sánchez de Bustamante. Tuvo palabras elogiosas y laudatorias para el anciano profesor. Esta actitud de Portela provocó la ira de los estudiantes. Desde el fondo del Decanato, se escuchó la voz firme y atrevida de Luis anatematizando al doctor Portela:

— *Usted es un descarado.*

Y tras ello, la algarabía y el descontrol. El catedrático quiso replicar, pero sus palabras fueron ahogadas por el bullicio. La reunión terminó con los ánimos muy caldeados. Poco después, el doctor Portela envió a dos padrinos a su alumno, retándolo a duelo a muerte, por entender que su honor había sido ultrajado. Luis debía nombrar a los suyos para llegar a un entendimiento sobre la forma en que habrían de batirse. Luis estuvo de acuerdo con sostener un duelo a muerte, y designó a Justo Carrillo y a Manuel Menéndez Massana como sus representantes. Propuso que en lugar del combate a sable, a la vieja usanza, se batieran a disparo de pistolas, sin formalidades. Por supuesto, intervinieron los amigos, profesores y alumnos, los consejeros y los padrinos, y el asunto no terminó con sangre, se diluyó. No hubo excusas, ni desagrazos.

Luis se presentó a examen oral de Derecho Penal ante el doctor Portela. No hubo mayores contratiempos, sólo que su nota fue reducida sin motivo suficiente. Un año después, en 1938, vencidas todas las asignaturas, se tituló en Derecho Civil. Luis se transformó en el doctor Buch, un joven y talentoso abogado.

Poco después, inició el camino de empresario del manganeso en las serranías orientales, determinando con su aventura el que Conchita abandonara sus estudios de Estomatología en el tercer año. De la empresa regresó, tras duros años de esfuerzo físico y comercial, con una mediana fortuna, suficiente para convertirse en vecino de Elisa Godínez, la primera esposa del dictador Fulgencio Batista. De aquella experiencia minera, sin embargo, vino dotado con un capital mucho más importante que el dinero: con la experiencia y las relaciones básicas para convertirse rápidamente en un exitoso abogado, quien en poco tiempo, defendiendo los intereses de grandes comerciantes del interior de la República y representando a acaudalados clientes, reunió una considerable fortuna.

El doctor Buch se alejó cuanto pudo de las actividades políticas de sus excompañeros de los años treinta, aunque ocasionalmente colaboró sin comprometerse. Al no creer en la viabilidad de ninguna de las opciones políticas de turno para la solución de los graves y hondos problemas cubanos, se mantuvo al margen, incluso de opciones que arrastraron a la inmensa mayoría del pueblo cubano, como la representada por Eduardo Chibás y los ortodoxos a finales de los años cuarenta e inicios de los cincuenta. El doctor Buch sostenía en todo momento que Cuba tenía una sola alternativa para hacer triunfar la revolución: la vía armada, propugnada por su maestro Antonio Guiteras Holmes. Lo contrario era impracticable y no conduciría a objetivos finales de carácter revolucionario, definitivos. Con Eduardo Chibás discutió ásperamente, por no creer en la viabilidad de su proyecto político.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, que lo sorprendió con treinta y nueve años y aburguesado, no alteró su retiro revolucionario, su apatía política. En 1955, no comprometido con los planes insurreccionales de las organizaciones que surgieron tras el cuartelazo marcista, ni siquiera con su amigo conspirador Justo Carrillo, el doctor Buch invertía y disfrutaba su dinero. Adquirió el terreno, diseñó y comenzó la construcción de su mansión en avenida Primera y calle 16, todo por más de cien mil pesos cubanos de la época, y se fue de gira turística por el mundo del Norte, un lujo muy típico de la élite adinerada de Cuba. Acompañado por Conchita, recorrió Nueva York, Londres, París, Ginebra, Roma, Venecia, Madrid y otras muchas ciudades europeas. Se hospedó, despreocupado y derrochador, en los mejores hoteles, los más lujosos y caros. El doctor Buch andaba aún de rehén de la frustración revolucionaria de la generación universitaria de los años treinta.

Para la fecha en que inicia el largo periplo de vacaciones, en Cuba ya se ha registrado acontecimientos trascendentales de la lucha contra Batista. El doctor Fidel Castro, joven abogado y exdirigente universitario, de antecedentes ortodoxos, es el mentor y rector de cientos de humildes, temerarios e ilusionados jóvenes que en el año del centenario del Apóstol sacuden el entarimado de la dictadura, asaltando con escopetas la segunda fortaleza militar de la nación: el cuartel Moncada. Los que salvaron la vida en el combate o en las jornadas posteriores de asesinatos masivos, fueron confinados a prisión y amnistiados, mientras que el doctor Buch y su esposa se aprestaban a pasear por el mundo occidental. Pero las hondas resonancias de la epopeya protagoniza-

da por la Generación del Centenario no lograron barrer la decepción política que lo gobernaba aún, pese a que el método y las circunstancias eran similares a los intentados por Guiteras.

Para entonces, el doctor Buch cooperaba fría y distancientemente con algunos elementos políticos, exrevolucionarios de los años treinta, con los que conservaba una amistad y un agradecimiento de décadas, principalmente con Manuel Menéndez Massana y Justo Carrillo, implicados en conspiraciones con militares de prestigio. Por colaborar con Justo Carrillo, terminó haciéndolo con el doctor Fidel Castro y sus propósitos de invadir a Cuba en 1956, cumpliendo su promesa de *Libertad o Muerte*. Sin proponérselo, interviniendo en la financiación de los preparativos de la expedición del yate *Granma* y acogiendo y colaborando con Haydée Santamaría —*Yeyé*— y otros dirigentes del movimiento clandestino, inició el camino que lo condujo, en 1957, a la total ruptura con Justo Carrillo y su gente, y a su vinculación orgánica en el Movimiento 26 de Julio.

Su gran mérito histórico es haber decidido, con cuarenta y cuatro años de edad y una vida social y económica personal opulenta, romper con el letargo político, arriesgando la vida y la fortuna por la revolución, cuando la inmensa mayoría de los de su generación se había convertido a la reacción, a la politiquería o a la abstinencia política total. El doctor Buch lo puso todo en juego, y cuando la victoria coronó el impulso y el esfuerzo rebelde, no dudó en hacer trinchera decidida con la revolución en su esfuerzo transformador, que implicó, por supuesto, la afectación patrimonial a los de su clase. Los bienes de muchos de sus amigos, clientes, conocidos y vecinos fueron afectados por las leyes revolucionarias adoptadas por el Gobierno Revolucionario y firmadas por él, en calidad de ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros. Es más, sus propios bienes —un terreno y un edificio en La Habana Vieja—, fueron entregados al Gobierno Revolucionario, renunciando a cobrar la indemnización prevista por la Ley.

Cuando el doctor Buch se integró al Movimiento 26 de Julio, en 1957, pretendía, precisamente, acabar con la división de los cubanos en clases, por medio de una revolución genuinamente popular, agraria y antiimperialista, y tal concepción implicaba afectar los muchos intereses de la burguesía nacional, de la que formaba parte, indiscutiblemente. Al doctor Buch no le quedaba ninguna duda de que ello sólo era posible en Cuba ganando una insurrección armada. A la lucha se integró, entonces, con todas sus energías, y con la experiencia acumulada dos décadas atrás.

Pero como esa actividad revolucionaria es la pretensión de fondo de esta larga entrevista, conviene abstenerse de describirla en detalles. El lector debe encontrarla narrada por su protagonista. Sólo adelante que el doctor Buch, en pocos meses, se transformó en elemento destacado y protagónico de acontecimientos trascendentales de la Revolución Cubana.

Fue el encargado de romper, en nombre del doctor Fidel Castro y del Movimiento 26 de Julio, los vínculos con los políticos de la oposición antibatistiana reunidos en el Pacto de Miami; participó en la selección del candidato del Movimiento 26 de Julio para ocupar la Presidencia Provisional de la República; estuvo encargado de las relaciones públicas en la huelga general revolucionaria de abril de 1958, aquella que debía provocar la caída de la tiranía, y en la cual el doctor Buch debía servir de coordinador para que el Cuerpo Diplomático destacado en La Habana y los grandes intereses sociales y económicos de la nación solicitaran de Batista la renuncia a la Presidencia de la República.

Participó en lo que el Che Guevara dio en llamar la “reunión decisiva” de la guerra de liberación, en El Alto de Mompié, en mayo de 1958, y donde se le encomendó complejas misiones en el exterior. Tuvo en sus manos la operación de las comunicaciones secretas de la Revolución. Fue encargado de lograr materializar el más abundante cargamento de armas que llegó a la Sierra Maestra, y de atender en el exilio al Presidente Provisional, doctor Manuel Urrutia.

En calidad de Coordinador General del Movimiento 26 de Julio en el exilio y responsable de Relaciones Públicas, tuvo a su cargo, junto con Haydée Santamaría y José Llanusa, la consolidación de los Comités del Exilio y las relaciones diplomáticas. Cooperó en la creación de la mayor y más efectiva cobertura periodística y de publicidad que tuvo jamás ningún movimiento revolucionario en el continente. Intervino en las negociaciones con la Cruz Roja Internacional, con sede en Ginebra, para la entrega de cientos de prisioneros de guerra.

Estuvo encargado y desarrolló, en nombre del Movimiento 26 de Julio, contactos con el Gobierno de los Estados Unidos. Negoció y firmó en nombre del Comandante en Jefe, el Pacto de Caracas, sellando la unidad de los sectores opositores insurreccionales. Intervino en diversas acciones de abastecimiento militar y logístico a la Sierra Maestra, a la que llegó en diciembre de 1958, acompañando al Presidente de la que debía ser nuestra República en Armas del siglo xx.

Fue seleccionado por el doctor Manuel Urrutia Lleó, en plena Sierra Maestra, para desempeñarse como ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros. Entró en Santiago de Cuba en la noche del primero de enero de 1959, siendo factor clave en la creación del primer Gobierno Revolucionario, juramentado en la Universidad de Oriente dos días después.

Todas estas experiencias, me fueron contadas en infinidad de ocasiones hasta el más mínimo detalle, con verdadera precisión y exactitud. A aquella primera conversación de junio de 1989, la siguieron otras en los días posteriores y en los meses y años siguientes. Así, durante diez años, sin prisa. Poco a poco, fueron transcritas y corregidas. El doctor Buch usó algunos contenidos en sus libros de memorias (*Más allá de los códigos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1995, y *Gobierno Revolucionario Cubano: génesis y primeros pasos*, Editorial de Ciencias Sociales, 1999), pero la inmensa mayoría de aquellos interrogatorios quedó dormida durante mucho tiempo, hasta que nació la idea de reunirlos, organizarlos, sistematizarlos y publicarlos en forma de libro.

He aquí el resultado. Pido que se me excuse por haber demorado tanto en publicar un testimonio de tan alto valor histórico.

REINALDO SUÁREZ SUÁREZ,  
a diez años de la primera entrevista.



## VINCULACIÓN REVOLUCIONARIA.

### ANTONIO GUITERAS

**Suárez:** Va a tener que disculparme, pero las primeras preguntas serán, por fuerza mayor, muy genéricas, abiertas. ¿Cómo llega usted a la Revolución?

**Buch:** En el año 1930, con motivo de la muerte de Rafael Trejo González, el 30 de septiembre, se organiza en Santiago de Cuba el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza de Oriente, del que formo parte. Entonces estaba yo en el cuarto año del bachillerato. Tuve ese honor, junto con Gloria Cuadras, Miguel D'Alessandro y otros compañeros. En realidad, fue allí donde me integré a los esfuerzos por hacer una revolución contra el tirano Gerardo Machado.

**Suárez:** ¿Cómo organizan ustedes el Directorio Estudiantil?

**Buch:** A la muerte de Rafael Trejo, la situación política se complica. Los estudiantes nos radicalizamos, así que la apertura del nuevo curso en Santiago de Cuba la convertimos en un tremendo acto de acción y protesta contra Machado. Salimos a la calle en una formidable manifestación y nos dirigimos a la Escuela Normal de Maestros. Cuando regresábamos para el Instituto y nos acompañaban los estudiantes de la Escuela Normal para dar un gran mitin, fuimos atacados por la Policía a caballo a “plan de machete”. Fueron heridas dos compañeras, Gloria Cuadras y Sara Toro Abril, alumnas del Instituto. Aquello causó indignación en la ciudad. Ese mismo día, por la tarde, nos fuimos a la avenida Michelsen, donde se nos unieron los trabajadores del puerto, de las fábricas y el pueblo en general. Se dio un mitin y se derribó los bustos del Presidente de la República, Gerardo Machado Morales, y del Gobernador Provincial de Oriente, José A. Barceló, y fueron lanzados a las aguas de la bahía. La Policía volvió a arremeter contra los manifestantes, sólo que esta vez a tiros, cayendo herido el estudiante Enrique Miyares. Una bala le arrancó los dos incisivos. Tuvo gran suerte, pues al gritar tenía la boca abierta. Ese día, también cayó muerto un trabajador. Se suspendió las clases y se cerró el Instituto de Segunda Enseñanza y la Escuela Normal de Maestros.

Un grupo de estudiantes nos reunimos en una casa vacía de la calle Corona, cerca del cuartel de bomberos. Allí dejamos constituido el Directorio Estudiantil del Instituto Provincial de Oriente. La elección fue por votación de los presentes y como no logré los votos suficientes quedé como primer suplente. Poco después, me designaron miembro efectivo del Directorio, con el número trece.

Aquellas actividades fueron conocidas por las autoridades. El comandante Arsenio Ortiz, supervisor de la Policía Municipal, un tremendo asesino, quien había trabajado como recluta del Ejército Nacional, destacado como caballerizo en el puesto de la Guardia Rural, y al cual el Presidente, Alfredo Zayas Alfonso, amigo y compañero durante la guerra de independencia de mi abuelo materno, Miguel Rodríguez, había situado en su finca de Jarahueca para resguardar sus intereses, se entrevistó con mi abuelo y le dio un plazo de cuarenta y ocho horas para que me sacara de la ciudad, así como a mis primos Leyda y Luis Sarabia Rodríguez. Tuve que irme para Banes, a casa de un tío. Allí permanecí hasta que Machado trasladó a Arsenio Ortiz para La Habana, puedo regresar a Santiago de Cuba y me reintegro a la lucha estudiantil y revolucionaria.

**Suárez:** Usted nace en 1913, así que es muy joven cuando se integra a las luchas revolucionarias.

**Buch:** Tenía diecisiete años. A esa edad fue que me incorporé a las luchas estudiantiles, en el Directorio Estudiantil del Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba.

**Suárez:** ¿Cuándo conoce a Antonio Guiteras?

**Buch:** A *Tony* Guiteras lo conocí en 1931, en la casa de *Fela* Tornés, en las calles San Gerónimo y San Félix, en el corazón de Santiago de Cuba. Yo tenía conocimiento de la existencia de Antonio Guiteras por los contactos revolucionarios de la juventud de aquella época, en concreto del poeta Montes de Oca, quien caería tiempo después en San Luis. *Fela* Tornés, quien era una gran poetisa, reunía en su casa a un grupo de revolucionarios, entre los que se hallaba Guiteras. En una ocasión, en una noche de reunión, coincidimos y lo conocí.

**Suárez:** ¿Desde entonces se vincula a Antonio Guiteras?

**Buch:** Desde un principio tengo algunos contactos, más bien esporádicos, con Guiteras. Las orientaciones las recibíamos por medio de Montes de Oca.

Para *Tony* Guiteras, la revolución en Cuba sólo era posible mediante una insurrección armada, para ocupar el poder y hacer la revolución que necesitaba el país frente a la reacción interna y especialmente, frente a la intromisión de los gobiernos norteamericanos en los asuntos internos de los cubanos. Algo tenía muy claro Guiteras, y era que frente a los Estados Unidos, pese a que él había nacido en Filadelfia, de madre de origen irlandés y de padre cubano, los cubanos tenían que ser fuertes, estar dispuestos con las armas en la mano a intentar remediar la República y enfrentarse a la agresión yanqui. No creía en las vías políticas para los males cubanos.

En sus afanes insurreccionales contra el tirano Machado, Guiteras conoció que tanto Carlos Mendieta Montefur como el expresidente Mario García Menocal estaban en trajines conspirativos, tratando de vertebrar un movimiento insurreccional. Él se puso en contacto en Santiago de Cuba con el capitán Justo Cuza Hadieg. En Cabo Verde, fueron detenidos Mendieta y Menocal, y fracasó todo el movimiento insurreccional. Todo fue más bagazo que guarapo. Una componenda politiquera, sin verdaderos propósitos insurreccionales y menos revolucionarios. Guiteras se había integrado al movimiento aquel, y en el encuentro que hubo con el Ejército, después de alzarse en Las Gallinitas, al oeste de Santiago de Cuba, en un viejo camino que llevaba a El Cobre, él cae preso junto con los hermanos Julián y Sergio Mateo, el capitán Cuza y otros, y lo llevan a la prisión del cuartel Moncada.

Después de que él sale de prisión es que llega al convencimiento más firme y expresa aquello de que “con los políticos muy pocas cosas se podían hacer”. Es entonces que decide hacer la revolución él mismo, provocando una insurrección armada contra la tiranía de Machado. En ese propósito comienza una labor de organización con los revolucionarios que había conocido en Santiago de Cuba y otros lugares de la antigua provincia de Oriente. En Santiago de Cuba había varios grupos de revolucionarios, con distintos niveles de organización, especialmente el que habían organizado Adelino Cremé, Guillermo Sánchez, *El Niño* Cala y otros revolucionarios de la ciudad; este grupo lo encontró organizado Guiteras cuando llegó a Santiago de Cuba en sus afanes insurreccionales.

Es verdaderamente impresionante que Guiteras escogiera a Santiago de Cuba como su centro de operaciones insurreccionales, sobre todo si se tiene en cuenta que él pasó su niñez en Matanzas, y al trasladarse su familia se fue a Pinar del Río, donde estuvo hasta graduarse de Bachiller en Letras y Ciencias. Guiteras se inició políticamente en el

Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Río, organizando actos de protesta y manifestaciones estudiantiles, y luego ingresó en la Escuela de Farmacia de la Universidad de La Habana, donde se integró de lleno en la lucha contra Machado, formando parte del Comité Pro Libertad de Julio Antonio Mella, cuando a este lo detienen y se declara en huelga de hambre; denuncia la prórroga de poderes de Machado. Incluso, permanece vinculado a las luchas universitarias después de graduarse en la Universidad, firmando manifiestos contra Machado, junto con los estudiantes.

Guiteras no conocía Santiago de Cuba, y sí el occidente de la Isla, donde había desarrollado sus luchas estudiantiles y revolucionarias y, sin embargo, selecciona a Santiago de Cuba para hacer la revolución. Una vez más, el oriente de Cuba. Es curioso, ¿verdad?

Para tener mayor movilidad dentro del territorio nacional y poder realizar sus ideas de organizar un movimiento revolucionario, lo suficientemente fuerte como para derrotar a la dictadura machadista, él consiguió un cargo de viajante de un laboratorio, que le servía, además, de ayuda económica. Comenzó a recorrer las provincias de Oriente y Camagüey, organizando la lucha desde su perspectiva, ampliando el campo de acción y de partidarios. Es así como hace contacto con los grupos revolucionarios de Santiago de Cuba y Holguín, los que por entonces estaban en proceso de organización. De esta manera, se integró a Oriente y desde allí organizó la revolución.

Es la historia de siempre: desde Oriente y sin armas. Para conseguir las armas es que organizó el asalto a la Audiencia de Oriente, donde se guardaba distintas armas como piezas de convicción en los juicios pendientes de celebración. Con las escasas armas que proporcionó esta acción y con otras pocas que logró reunir, decide iniciar la insurrección armada.

Sus planes consistían en organizar un movimiento insurreccional que propiciara y permitiera el ataque y la toma del cuartel Moncada, la principal guarnición militar del interior de la República, los pueblos de San Luis, El Caney y las ciudades de Holguín, Victoria de Las Tunas y Manzanillo.

Con las armas ocupadas en el cuartel Moncada, iniciaría el movimiento armado contra la tiranía. Esto me ha llevado a meditar si es pura coincidencia histórica que también Fidel Castro haya escogido a Santiago de Cuba y al cuartel Moncada como epicentros de sus planes insurreccionales, o si se trata de que Fidel conocía el movimiento or-

ganizado por Guiteras y lo apreciara como un plan correcto. Lo cierto y definitivo es que los dos líderes insurreccionales de este siglo en Cuba seleccionan a la ciudad de Santiago de Cuba y al cuartel Moncada como puntos iniciales de sus planes revolucionarios.

**Suárez:** ¿Cuál era el plan de Guiteras en el cuartel Moncada?

**Buch:** El ataque al cuartel Moncada debía iniciarse con el bombardeo de este por parte de un avión que hacía rutinariamente la trayectoria Santiago de Cuba-Moa-Baracoa, inteligencia a la que había llegado Guiteras con el piloto, en el sentido de que en el día señalado para el alzamiento llevaría dos bombas a bordo, dejándolas caer sobre el cuartel Moncada y con la lógica confusión que tal hecho produciría, los revolucionarios, apostados en las inmediaciones, procederían a atacarlo. Hubo un delator y la acción fracasó. El Ejército ocupó el aeropuerto de San Pedrito, cercano al cementerio municipal de Santa Ifigenia, y tomó medidas excepcionales en el cuartel Moncada. *El Niño* Cala, asesinado el 26 de julio de 1953, quien había estado vigilando el aeropuerto, le avisó a Guillermo Sánchez, Adelino Cremé e Higinio Lora, quienes llevaban en un auto las dos bombas, para que no continuaran viaje pues el Ejército había ocupado el aeropuerto. Es en esta situación en la que Guiteras, quien tiene su cuartel general en la calle San Gerónimo, decide dirigirse al poblado de San Luis, un centro ferroviario donde estaba comprometido un movimiento de apoyo a la insurrección.

Decide que lo acompañen a San Luis los que estaban armados, para no dejar solos a los compañeros que allí estaban comprometidos. Se llevan las dos bombas que iban a tirar desde el avión. Tienen un primer encuentro en el cuartel de Boniato, colocan una bomba y destruyen el puente conocido por El Cañón. En San Luis ya se ha tomado el pueblo, con el resultado de un soldado muerto y otro herido, sin que tuvieran bajas los revolucionarios. Guiteras conoce que están próximos a llegar los refuerzos procedentes de Palma Soriano, los que contaban con amplia superioridad en armamento; entonces ordena la retirada, formando distintos grupos, y él sale a pie en dirección a Alto Cedro. Uno de los grupos toma un *gascar* y son asesinados por el cabo Gort. Mueren el poeta Montes de Oca, Milanés, Castillo y *Quico* Vidal.

Guiteras entra en Santiago de Cuba, en un camión como un simple repartidor de leche, y hace contacto con Roberto García Ibáñez, y a partir de entonces se dedica a visitar Holguín, Victoria de Las Tunas, Camagüey y Bayamo, comprobando personalmente la situación en cada

lugar, con el fin de evitar que los ánimos decayeran y organizando un nuevo plan insurreccional.

Machado impartió órdenes estrictas de acentuar la represión en Oriente y de capturar a Guiteras, al que no debía dejarse vivo, cosa que tiempo después se propuso y logró Batista. Pero Machado no tuvo oportunidad de ver cumplidas sus órdenes, porque terminó huyendo del país, en una historia que sí tiene mucho de semejanza con la de Batista en el año 1959. Cuando Machado cae, Guiteras estaba organizando un verdadero contingente armado con la intención de iniciar la lucha guerrillera, y la caída de la tiranía lo sorprende preparando el ataque a Bayamo, con el que pensaba iniciar las operaciones militares. Es cierto lo que dijo el Che de él: Guiteras es el precursor de la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

**Suárez:** Doctor, a la caída del dictador Gerardo Machado y después de la farsa gubernamental de Carlos Manuel de Céspedes, hijo, el 4 de septiembre de 1933 se produce un movimiento cívico-militar. ¿Interviene en el golpe del 4 de septiembre?

**Buch:** Bueno, como miembro del Directorio, intervengo en el golpe militar del 4 de septiembre, en la toma del cuartel Moncada y en el desarme de la oficialidad del Ejército.

Sería bueno relatar el error que se cometió. Al conocer del golpe militar acaecido en La Habana el 4 de septiembre de 1933, los miembros de los directorios Universitario y del Instituto de Segunda Enseñanza nos reunimos en el cuartel Moncada. Allí no se había nucleado el movimiento, aunque había inquietud en la tropa. Nos presentamos en la jefatura del Distrito Militar No. 1, donde se encontraba el coronel Luis del Rosal, jefe del Regimiento, reunido con los oficiales. Estaban desorientados y les expusimos la razón de nuestra presencia con motivo de los acontecimientos ocurridos en La Habana y nuestra disposición de hacernos cargo del cuartel Moncada, por lo que deberían entregarnos las armas que portaban, y posteriormente dirigirse a sus respectivos domicilios. Parece algo increíble, pero ninguno de los presentes protestó y mansamente entregaron las armas y se dispusieron a salir del cuartel. Ya reunidos en el despacho del jefe del Regimiento, acompañados por el sargento de segunda, Arsenio Coloma Barthelemy, cuya labor era de oficinista y por tal razón conocía los teléfonos y contactos con todas las dependencias militares de la provincia. Se estableció las llamadas correspondientes, informándoles a los sargentos lo ocurrido en la jefatura del

Regimiento, y que desarmaran a los oficiales, indicándoles que se dirigieran a sus casas, y que ellos asumieran la jefatura de la guarnición o puesto militar. De este modo, sin ningún incidente digno de mencionar, quedó la provincia, en lo que respecta a las fuerzas militares, en manos de sargentos, cabos y soldados.

El mayor error cometido fue cuando se propuso al miembro del Directorio Universitario, Ernesto Pujals, para que asumiera la jefatura, pero él declinó, pues había el criterio generalizado de que nosotros luchábamos para liberarnos de la dictadura machadista y por el adcentamiento de las costumbres públicas, pero sin pretensiones de ocupar ningún cargo de carácter público. Ante esa situación, se propuso al sargento de segunda, José García Montero, quien prestaba sus servicios en el cuartel maestre, y se le llamó. Asombrado del despacho de la jefatura, que nunca había visto, aceptó la designación, lo que se le comunicó a la tropa reunida en el patio central, que acogió con entusiasmo la designación. En realidad, el sargento de segunda, Arsenio Coloma, era el que manejaba todos los asuntos de la jefatura, por sus conocimientos y responsabilidades administrativas. A los pocos días, Coloma sustituyó al sargento García Montero. Los oficiales que se encontraban en sus domicilios fueron desarmados y prohibida su entrada en el cuartel. Sólo hubo un pequeño incidente con el teniente Reina y otro cuyo nombre no recuerdo, en el hotel Perla de Cuba, frente a la Estación Terminal ferroviaria, donde se produjo un intenso tiroteo. Fueron desarmados sin mayor consecuencia.

**Suárez:** A los pocos días, la Pentarquía resultante del 4 de septiembre da paso a un gobierno presidido por el doctor Ramón Grau San Martín, lo que a su vez lleva a la formación del que luego se conocería como Gobierno de los Cien Días, del cual Guiteras forma parte prominente, y sobresale por ser factor determinante en la adopción de medidas socioeconómicas de corte nacionalista, reformador, antiimperialistas. ¿Cómo se integra Guiteras al Gobierno?

**Buch:** Sí, cuando cae Machado, lo sustituye el hijo de Carlos Manuel de Céspedes, del mismo nombre. En realidad, un títere con el cual Benjamin Sumner Welles, el Embajador norteamericano en Cuba, está a gusto porque era lo más entreguista que te puedas imaginar. Todo esto Guiteras lo denuncia y lo combate. A menos de un mes de la designación de Céspedes como Presidente Provisional, se producen los acontecimientos del 4 de septiembre de 1933, cuando triunfa un movimiento de clases y soldados del Ejército, apoyado por el Directorio Estudiantil Universitario, sustituyendo a Céspedes por un gobier-

no colegiado de cinco miembros, conocido como la Pentarquía, que tuvo una vida efímera, pues a los pocos días se desplomó como consecuencia de su inoperancia y su diversidad ideológica. Guiteras fue el representante de la Pentarquía en Oriente, donde tenía sobrados méritos revolucionarios y donde contaba con una considerable fuerza, con parte de la cual se había presentado en Santiago de Cuba el 13 de agosto, ocasión en la que hubo un acto de masas donde Guiteras habló, denunciando al Gobierno de Céspedes como producto de la injerencia de la embajada yanqui, en contubernio con los militares machadistas, los políticos reaccionarios y el ala derecha del ABC.

Cuando la Pentarquía fracasa, por no lograr estabilizar su gestión, la Junta Revolucionaria de Columbia designa al doctor Ramón Grau San Martín, prominente y respetado profesor universitario, como Presidente Provisional de la República.

**Suárez:** Hágame un retrato de Ramón Grau San Martín.

**Buch:** Yo no conocí a Grau San Martín. Pero él, a raíz del golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933, se comportó bien con la Revolución. El Directorio lo eligió para la Pentarquía, que se formó con Guillermo Portela Moller, Porfirio Franca Álvarez de la Campa, Sergio Carbó Mora y José Manuel Irisarri Gamio. Cada pentarca tenía un grupo de ministerios, pero el Gobierno no funcionaba.

La Pentarquía no tenía funcionabilidad alguna. En la primera reunión, en el salón de actos del Círculo Militar y Naval del campamento de Columbia, se tomó siete acuerdos. Por el cuarto acuerdo nombraron jefe del Estado Mayor al sargento Fulgencio Batista Zaldívar. La Pentarquía no logró controlar la situación; consecuentemente, los revolucionarios deciden suspenderla, regresando al régimen presidencialista, y nombran a Ramón Grau San Martín como Presidente de la República.

Grau San Martín, repito, era un profesor de prestigio en la Universidad de La Habana. A raíz de las protestas estudiantiles contra la prórroga de poderes de Machado, en la Universidad de La Habana, el Rector convocó al Consejo de Disciplina para enjuiciar a los estudiantes que habían firmado el Manifiesto contra dicha prórroga. Grau San Martín votó en contra de la expulsión de los firmantes. Fue el único profesor que se opuso. Ello hizo que tuviera una gran ascendencia y un prestigio entre el estudiantado universitario, y Antonio Guiteras fue el único de los firmantes que no fue sancionado, ya que no era estudiante, pues se había graduado de doctor en Farmacia.



Ocurrió que Grau San Martín, en el desempeño de sus funciones y facultades presidenciales, designó a Antonio Guiteras como Secretario de Gobernación e interinamente de Obras Públicas. El nombramiento de Guiteras fue a propuesta de José Manuel Irisarri, quizá con el criterio de que era necesario traerlo al Gobierno, dada la fuerza militar y política que él representaba en Oriente, y ser un hombre de gran prestigio entre todos los revolucionarios y el pueblo.

Cuando Irisarri habló por teléfono con Guiteras, quien a la sazón se encontraba en la sede del Gobierno Provincial de Oriente, en Santiago de Cuba, Guiteras le contestó que él no aceptaba la designación sin antes consultar con los demás compañeros revolucionarios, con la Sección del Directorio Estudiantil Universitario en Santiago de Cuba y con el Directorio Estudiantil del Instituto de Oriente, del cual yo formaba parte. Entonces él citó a los miembros de los directorios y a un grupo de revolucionarios en la sede del Gobierno Provincial, oportunidad en la que planteó que le habían ofrecido la Secretaría de Gobernación, y que él no la había aceptado porque tenía que consultar y escuchar nuestras opiniones. En su criterio, la actitud correcta para con la Revolución era no aceptar el cargo, sino mantenerse al frente de los cinco mil hombres que tenía en Bayamo, Holguín, Puerto Padre y Victoria de Las Tunas, y mantener esa fuerza como elemento fiscalizador del Gobierno.

¿Quién sabe si él tenía razón? ¿Quién sabe si de él haberse mantenido en esta actitud los acontecimientos hubiesen sido más beneficiosos para la Revolución? Sin embargo, los allí presentes, mayoritariamente, opinamos, que era más conveniente para la Revolución que él aceptara el cargo de secretario de Gobernación, desde donde tendría el control del orden público del país. Se estimaba que, desde el Gobierno, él podía fomentar la adopción de medidas de beneficio popular, de reforma del país. Él insistió en su posición, pero finalmente cedió a la opinión mayoritaria.

A Guiteras no le quedó más remedio que aceptar el ofrecimiento, porque así opinaba la mayoría de los que habíamos sido convocados. Efectivamente, llamó a Irisarri y le comunicó que aceptaba el cargo de secretario de Gobernación, y marchó hacia La Habana. Pero antes de iniciar el viaje, se celebró un mitin desde los balcones del Palacio del Gobierno Provincial. En Holguín, hubo una concentración popular en la que Guiteras pidió el apoyo del pueblo para las medidas revolucionarias que se proponía poner en práctica; en Camagüey, se reunió con organizaciones obreras; en muchas partes, ciertamente, fue aclamado como un líder.

**Suárez:** ¿Qué edad tiene Guiteras entonces?

**Buch:** ¿Cuándo se hace cargo de la Secretaría de Gobernación?

**Suárez:** Sí.

**Buch:** Tenía veintisiete años. No sólo ocupa la Secretaría de Gobernación, sino que desempeña las funciones de otras secretarías. Fue secretario de Gobernación, y de Guerra y Marina, las que refundió en una sola, y también desempeñó en distintas oportunidades, interinamente, las de Comunicaciones, Obras Públicas y Estado. Fue el centro del Gobierno. Funció como un Primer Ministro.

No obstante su juventud, desde el día que asumió aquellas responsabilidades mostró una seguridad, autoridad e inteligencia impresionantes y una tremenda firmeza en sus ideas y en sus propósitos. La ejecutoria del Gobierno de los Cien Días, sus méritos históricos son, básicamente, la obra de las ideas y de la actuación de *Tony* Guiteras. Pese a ser el más joven de los ministros de Grau, era el más respetado, tanto que el propio Grau no se atrevía a rechazar los decretos que Guiteras le llevaba para que los firmara.

**Suárez:** ¿Cuál fue la obra de Guiteras dentro del Gobierno de los Cien Días?

**Buch:** En un corto período de ciento veintisiete días, Guiteras logra que el Consejo de Secretarios apruebe y el Presidente Grau San Martín sancione numerosas leyes progresistas.

Tan pronto como tomó posesión de los cargos de secretario de Gobernación, y de Guerra y Marina, sin perder tiempo, Guiteras llevó a la firma de Grau San Martín el decreto que disolvía todos los partidos políticos y cesanteaba a todos los gobernadores y alcaldes de la tiranía de Machado, y también concedió el sufragio a la mujer, a la que por primera vez en Cuba se le reconocía este derecho.

Posteriormente, obtuvo la promulgación de los decretos de implantación de la jornada laboral de ocho horas para todas las ocupaciones, excepto las correspondientes a las labores del campo; esto, en un país donde jamás se había dictado medida alguna sobre esta materia, siendo la jornada laboral de diez, doce y más horas de trabajo, por un salario mísero.

Decretó la rebaja de un 45 % de las tarifas de la electricidad y el gas, a la vez que se le prohibía a la empresa cesantear a los obreros o rebajarles sus salarios. Promulgó la moratoria del pago de los alqui-

leres y de suspensión de los desahucios. Contra la usura, decretó la nulidad de todos los contratos con intereses superiores al 12 %. Renovó y anuló todos los embargos sobre pensiones y salarios de empleados y obreros, cuando excedían del 10 %. Legisló la modificación sustancial, en beneficio obrero, de la Ley de Accidentes del Trabajo. Estableció el jornal mínimo de un peso en la ciudad y de ochenta centavos en el campo, cuando los jornales eran regularmente de veinte centavos por diez o más horas de labor. Derogó una ley promulgada por Machado en 1929 que había suspendido la Ley Arteaga de 1909, prohibiendo el pago de salarios con vales y fichas, teniendo que ser en lo sucesivo en moneda de curso legal. Esta medida ponía fin a una práctica de tremenda explotación de los trabajadores cubanos y que consistía en que los propietarios de los centrales azucareros, los latifundistas, los colonos y las industrias agrícolas no abonaban el salario al trabajador en moneda de curso legal, sino que lo realizaban con vales o fichas, que solamente tenían valor en los centros comerciales de su propiedad o de sus concesionarios, obligando a que los trabajadores tuvieran que acudir a ellos para adquirir los bienes que requerían, lo que implicaba una sujeción física y económica a aquellos señores. Esta situación se parece mucho al típico vasallaje medieval.

Decretó la nacionalización del trabajo de por lo menos un 50 %, incluyendo los de la banca y los centrales azucareros. Dispuso la sindicalización obligatoria de todos los trabajadores, quienes podían asociarse libremente, sin necesidad de autorización previa, a la vez que constituir federaciones, y con el conjunto de estas formar una confederación obrera para la protección de sus derechos y del derecho a huelga. Reguló el Seguro y Retiro Obreros, dignificando los pagos, pues halló que apenas pagaban el 20 % a los pensionados. Decretó la rebaja de los artículos de primera necesidad y la gratuidad de las medicinas a los pobres, cuyo importe sería abonado con cargo a las recaudaciones de los municipios.

Dictaminó la municipalización de los bateyes azucareros, que hasta ese momento eran territorios independientes dentro de la nación, en los que la autoridad era ejercida por el administrador del central y el jefe de la Guardia Rural.

Intervino las empresas norteamericanas *San Manuel Sugar Company*, *Chaparra Sugar Company*, *Chaparra Light Power* y *Chaparra Railroad Company*, y la llamada Compañía Cubana de Electricidad. Lo de esta última es un caso muy especial.

A partir de 1913, los norteamericanos tenían el control total de la industria eléctrica en Cuba al adquirir esta la empresa española que prestaba los servicios de gas y alumbrado y, en 1927, bajo Machado, constituyeron la Compañía Cubana de Electricidad, la que no fue fundada en Cuba ni con capital cubano, sino en La Florida y con capital norteamericano. Con el apoyo de Machado, se dedicaron a presionar a los distintos propietarios de plantas eléctricas para que las vendieran a la nueva empresa. Fijaron tarifas que fluctuaban entre los dieciséis y veinticinco centavos por kilowatt/hora, mientras que en los Estados Unidos estas eran de cuatro a cinco centavos.

Cuando Guiteras se hace cargo de la Secretaría de Gobernación, se encuentra con una huelga de consumidores, a la que pone término al disponer la rebaja de las tarifas en un 45 %, y prohibir, al propio tiempo, el despido de los trabajadores o la disminución del salario. Al amparo del Decreto de Sindicalización, los obreros constituyeron la Federación Sindical de Plantas Eléctricas, Gas y Agua, la que negoció distintos asuntos con la compañía. Entre tanto, la empresa no cumplió con lo pactado y se negó a considerar el pliego de demandas de los trabajadores. La Federación declaró una huelga en todas sus dependencias, con lo cual se paralizó los servicios eléctricos del país. Pues bien, el 14 de enero de 1934, Guiteras hizo editar un número extraordinario de la *Gaceta Oficial*, publicando el Decreto de Intervención de la Compañía Cubana de Electricidad, el que Grau había firmado a regañadientes. Se dice que la firma del Presidente fue con posterioridad a la publicación del Decreto en la *Gaceta Oficial*, incluso posterior a que el interventor del Gobierno tomara posesión. El 22 de enero de 1934, cayó el Gobierno de Grau San Martín y tomó posesión Carlos Mendieta Montefur como Presidente Provisional de la República. Su primera actuación fue la entrega inmediata, al señor Archibald Jones, de la compañía eléctrica y la devolución de las propiedades intervenidas. Esta historia terminó definitivamente cuando la Revolución triunfante en 1959 dispuso, primero, la rebaja de las tarifas del kilowatt/hora en un 30 %, y, posteriormente, la nacionalización, el 6 de agosto de 1960, de la Compañía Cubana de Electricidad.

Guiteras intentó hacer la revolución en Cuba y como para eso necesitaba tener un respaldo no sólo político, sino de fuerza, no vaciló en disponer la creación de la Guardia Revolucionaria como cuerpo auxiliar de las fuerzas armadas, con carácter honorífico, lo que es el antecedente histórico de nuestras Milicias Nacionales Revolucionarias. Creó el Cuerpo de Infantería de la Marina de Guerra, que debía estar

integrado por civiles, quienes por su actuación revolucionaria pudieran ofrecer confianza para sostener la ideología de la Revolución.

Apoyó, legal y directamente, las demandas y reivindicaciones obreras. En los centrales Elia y Francisco, en Camagüey, los obreros se declararon en huelga por haber incumplido las administraciones el contrato firmado. Varios trabajadores fueron detenidos. Guiteras ordenó su libertad inmediata y que la Secretaría de Trabajo dispusiera el cumplimiento de las cláusulas del convenio. Cuando los tabacaleros de la firma Cifuentes, Pego y Compañía fueron a la huelga, porque su pliego de demandas no fue aceptado, y los capitalistas comenzaron a embarcar en el vapor *Santa Paula*, de bandera norteamericana, noventa y dos cajas de tabaco torcido, Guiteras personalmente fue al muelle y ordenó la descarga de las cajas de tabaco, ayudando, en mangas de camisa, a los huelguistas a descargar la mercancía que boicoteaba la huelga.

Este, si se quiere, es el catálogo de lo que hizo Guiteras desde el Gobierno. Pero no te imagines un país organizado y controlado completamente desde el Gobierno; el país estaba en ebullición, y no te imagines tampoco que primero se dictaba la Ley y luego se procedía. No, nada de eso. La autoridad de Guiteras llegaba al extremo de llevar a Ley el hecho consumado. Mira, te pongo un ejemplo: cuando Grau propuso al Consejo de Secretarios hacer un inventario de las propiedades del tirano Machado y sus colaboradores, Guiteras informó que había dispuesto la intervención de aquellas, como el hipódromo y la playa de Mariano, las Ventas de Casanova y otras.

**Suárez:** ¿Improvisa Guiteras toda esta política?

**Buch:** Te puedo garantizar que en todo el siglo xx cubano, hasta el triunfo de la Revolución Cubana, nunca se hizo tanto por el país y por las clases trabajadoras de Cuba como durante el Gobierno de los Cien Días, y la mayor parte de este mérito histórico corresponde a Antonio Guiteras. En eso no hay discusión posible, y no es el resultado de una improvisación política, donde pudiera pensarse que influyen otras personas, sino que obedece a la sólida formación ideológica que tiene Guiteras, quien desde 1932 había diseñado el programa mínimo que el Gobierno Provisional que sustituyera a Machado debía acometer.

**Suárez:** ¿Era Guiteras comunista?

**Buch:** Antonio Guiteras no militaba en el Partido Comunista de Cuba. Pero sí era socialista, creía en el socialismo.

Mira, esto no sale de una apreciación personal mía. Ahí están sus escritos, incluso sus declaraciones públicas durante el tiempo que se desempeñó como secretario de Gobernación. Por ejemplo, el 7 de diciembre de 1933, identificó ante la prensa la política gubernamental de reconstrucción de Cuba, como socialista, porque en su criterio la estabilidad sólo era posible por medio de la reconstrucción de una nación bajo los principios y postulados del socialismo. Aquellas proyecciones de Guiteras fueron incorporadas al programa de Joven Cuba, sólo que Guiteras no tuvo la oportunidad de llevar hasta el final su programa y sus ideas.

Mira, te voy a contar una anécdota. En una oportunidad el central Australia fue tomado por los obreros, quienes arriaron la bandera norteamericana y en su lugar izaron la bandera roja. El jefe del puesto de la Guardia Rural telefonó a Guiteras y le pidió autorización para desalojar a los obreros y arriar la bandera roja. Guiteras le contestó:

— *Póngame al teléfono a su segundo al mando.*

Y cuando este estaba en el teléfono, le ordenó:

— *Desarme al sargento y métalo en el calabozo. Usted tome posesión como jefe del puesto y garantice la toma del central por los obreros y el respeto a la bandera roja.*

¿Qué te parece?

**Suárez:** Desde el Gobierno, Guiteras propone o determina que se adopte diversas leyes revolucionarias, las que el Presidente Grau acepta y rubrica, y ello ocurre con la oposición y la conspiración de la derecha, de los Estados Unidos. Eso lo comprendo. Pero también hubo críticas agudas y la oposición de sectores de izquierda, y particularmente del Partido Comunista.

**Buch:** Por supuesto, desde el comienzo mismo de la gestión del Gobierno de Grau y de la ejecutoria de Guiteras en sus altas responsabilidades, hubo oposición; desde todos los flancos, lamentablemente. Estaban los que no querían ninguna revolución en Cuba; estaban los que no querían tanta revolución; los que se quejaban de que se iba muy de prisa, y estaban los que pensaban de que no se iba lo suficientemente rápido. Te repito, desde todos los ángulos se atacó al primer intento de hacer bien las cosas desde el poder, de transformar en serio al país. Dolorosamente, no hubo unidad entre los revolucionarios. Guiteras merecía, por su ejecutoria revolucionaria y por su actuación de Gobierno, que lo apoyaran todos los que querían hacer una revolución

profunda en Cuba. Pero no fue así. El Partido Comunista lo atacó. En mi criterio, fue uno de los mayores errores que cometió el Partido; error que le costaría muy caro, políticamente, en el futuro.

**Suárez:** ¿Y Guiteras no logró aquilatar que Batista sería el verdugo de aquella pretendida revolución?

**Buch:** Guiteras sabía que el Gobierno tenía que hacer frente a muchas críticas, incluso a la traición. Él lo sabía. Él sabía que dentro del propio Gobierno había muchos individuos opuestos al curso que tomaban los acontecimientos. Él intuyó que Batista aspiraba a la traición. En una oportunidad, Guiteras tuvo conocimiento de que Batista había tenido contacto con los representantes del Gobierno de los Estados Unidos, sin contar con su autorización como secretario de Guerra y Marina, y se convocó a una reunión en la casa de Sergio Carbó, a la que concurrieron, entre otros, Grau y Batista. En esa reunión se acusó a Batista de estarse vendiendo a los norteamericanos y se propuso que fuera enjuiciado por los allí presentes. Batista, todo acobardado, con lágrimas en los ojos, reconoció su error y dijo que lo había hecho por ignorancia, pues era un simple sargento, quien de pronto tenía que asumir grandes responsabilidades para las que no tenía preparación suficiente. Virtualmente, se echó en brazos de Grau San Martín para obtener el perdón a su falta. Aquella reunión terminó con Grau perdonando a Batista y con la sentencia de Guiteras de que los que eran perdonados hoy, nos matarían mañana. La historia le dio la razón a Guiteras. Su muerte a mano de los sicarios de Batista así lo prueba.

Hubo mucha gente acobardada. No te olvides de que aún estábamos bajo los designios de la Enmienda Platt y, virtualmente, la mayoría no creía en la posibilidad de triunfar políticamente desafiando a los norteamericanos. Por el contrario, Guiteras se enfrentó a Sumner Welles.

Sumner Welles llegó al despacho de Guiteras en la Secretaría de Guerra y Marina, a discutir algunas de las medidas del Gobierno Revolucionario. Guiteras lo atendió, pero muy pronto la conversación derivó en una franca discusión, bastante acalorada, que Guiteras dio por terminada concediéndole tres minutos a Welles para que se retirara, bajo amenaza de arresto si no lo hacía en ese tiempo. Sumner Welles le contestó que él era un diplomático del Gobierno de los Estados Unidos y que no podía ser detenido, porque gozaba de inmunidad, a lo que Guiteras le contestó:

— *Como su Gobierno no ha reconocido al mío, usted carece de toda inmunidad; no es más que un simple ciudadano extranjero. Retírese,*

*que el tiempo está transcurriendo y no me quedará más remedio que hacerlo arrestar.*

Esto te da la medida de su intransigencia y valor personal, pues estaba enfrentando al mediador yanqui, al hombre a quien el Presidente Franklin D. Roosevelt había encomendado resolver los asuntos cubanos favorablemente a los intereses norteamericanos. ¡En la Cuba de 1933!

Pero aquel era un gobierno que estaba condenado a desaparecer. En su interior se libraba una seria lucha ideológica entre las diversas corrientes. Los campos estaban bien delimitados en ocasiones. Grau San Martín era todo un personaje, que si alguna definición tuvo, pese a firmar las medidas propuestas, fue la de respetar el sistema; era un tipo de derecha y con él había otros miembros del Gobierno que eran de igual ideología y frenaban al movimiento revolucionario. Guiteras y algunos otros secretarios, representaban el ala izquierda.

**Suárez:** Una de las razones que en 1959 esgrimió Fidel para justificar el fusilamiento de cientos de criminales de guerra, fue que virtualmente no hubo castigo para los que durante el machadato habían asesinado, violado, torturado y desaparecido personas. Eso es cierto, a la caída de Machado no hubo castigo institucionalizado para los machadistas que habían cometido graves delitos. ¿Qué actitud asumió Guiteras en cuanto a esto?

**Buch:** Si no hubo castigo para los machadistas no es responsabilidad de Guiteras, porque él fue uno de los que más lo exigió y más lo quiso. Su lucha por el castigo más severo, inclusive la pena de muerte, para los jerarcas del machadato y sus porristas fue constante. Él creía que debían ser juzgados por tribunales especiales, por los Tribunales de Sanciones, con rapidez y severidad. Guiteras se pronunció en favor de aplicar la pena de muerte a los grandes culpables del machadato; sin embargo, se pronunció contra la pena de muerte que un consejo de guerra impuso a varios alistados en ocasión de una sublevación en el campo de aviación de Columbia, con el criterio de que aquellos no eran tan culpables, porque habían actuado creyendo de que se trataba de un cuartelazo más, de que todo había terminado para el Gobierno. En esa ocasión, criticó a los Tribunales de Sanciones por actuar excesivamente lentos y no ejecutar a los criminales del machadato. En realidad, hizo varias críticas a la lentitud y flojedad con que los Tribunales de Sanciones estaban actuando. Mira, cuando exjefes de distritos militares les fueron arrebatados a la Guardia Rural, conde-



nados por un tribunal revolucionario nacido informalmente y fusilados inmediatamente en el mismo lugar donde habían sido asesinados los tres hermanos Álvarez, Guiteras pidió que se procediera al castigo legal de los culpables como única manera de evitar la repetición de un hecho como aquel. Él estimaba que debía castigarse con justicia y legalidad. Es lo que te puedo decir.

**Suárez:** El Gobierno de los Cien Días se desplomó en enero de 1934.

**Buch:** Exactamente, el 22 de enero de 1934.

**Suárez:** ¿Esto coincide con su graduación como Bachiller?

**Buch:** No exactamente. Me gradué como Bachiller en Letras y Ciencias, el 27 de abril de 1934, y fui a estudiar la carrera de Derecho y de Filosofía y Letras a la Universidad de La Habana. Entonces era la única que había en Cuba. Salí para la capital con diez pesos que me regaló mi abuela materna e ingresé en la Universidad, acogiéndome a los beneficios de la matrícula gratis que se concedía a los estudiantes pobres, conquista obtenida a la caída de Machado. Así que tuve que hacer distintos trabajos para sostenerme en La Habana. Vendí limones en el Mercado Único, donde recibí el apoyo y la protección de mesilleros y cargadores.

De todos modos, continué en todas las luchas estudiantiles y revolucionarias. Participé en las asambleas de depuración de los profesores universitarios machadistas. Allí conocí y tuve tratos personales con compañeros que entonces prometían mucho y que son personalidades de la historia de Cuba en este siglo: *Eddy Chibás Rivas*, Pablo de la Torriente-Brau y Raúl Roa García.

En la Universidad de La Habana formé parte del Comité de Huelga Universitaria de 1935, con Carlos Rafael Rodríguez, Manuel Menéndez Massana, Ladislao González Carbajal, Salvador Vilaseca, Carlos Font, *Willy Barrientos*, José Ángel Bustamante, José Francisco Botet y otros compañeros.

**Suárez:** ¿Cómo llegó a ser miembro del Comité de Huelga?

**Buch:** En una asamblea general de estudiantes, en el anfiteatro del hospital Calixto García, donde se constituyó dicho Comité, se acordó que cada uno de sus miembros nombrara un sustituto. José Ángel Bustamante me nombró su sustituto, y al ser detenido él, yo paso a formar parte del Comité de Huelga, que al fracasar la huelga general de 1935 pasó a denominarse y ser el Comité Estudiantil Universitario

(CEU), con el que continuamos la lucha hasta que logramos la reapertura de la Universidad, en los comienzos de 1937.

También en la Universidad, formé parte de los comités 30 de Septiembre y 27 de Noviembre, encargados de celebrar actividades revolucionarias en ocasión de conmemorarse la muerte de Rafael Trejo y el fusilamiento de los estudiantes de medicina en 1871. En 1937, con la reapertura de la Universidad, se disolvió la organización estudiantil, la que fue sustituida por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), cuyo segundo Presidente fue José Ángel Bustamante. El primero había sido Julio Antonio Mella.

**Suárez:** ¿Cómo llega a formar parte de Joven Cuba?

**Buch:** Yo mantenía una gran amistad con Newton Briones Fernández desde los días de la lucha contra Machado en Santiago de Cuba. Briones era el brazo derecho de Guiteras, lo acompañó a La Habana y se mantuvo todo el tiempo junto a él. En 1934, cuando el Gobierno de los Cien Días cae, Guiteras decide crear Joven Cuba. Briones me informa de los proyectos insurreccionales de Guiteras y me invita a integrarme a la nueva organización. Estuve completamente de acuerdo y me convertí en uno de los fundadores de Joven Cuba. Se me encargó el Frente Estudiantil. En 1935, tras la muerte de Guiteras, pasé a formar parte del Comité Central, interviniendo también en el Frente de Acción y Sabotaje, cuyo jefe era Newton Briones.

**Suárez:** El 8 de mayo de 1935, en El Morrillo, fueron emboscados y mueren Antonio Guiteras y Carlos Aponte, el revolucionario venezolano. ¿Por qué estaban en El Morrillo?

**Buch:** En enero de 1934, la reacción se apoderó del poder en Cuba. Carlos Mendieta Montefur jura y toma posesión del cargo de Presidente Provisional de la República, y comienza una labor de desmontaje de las medidas progresistas del Gobierno de los Cien Días, lo que motiva un movimiento de protesta en cadena, que va creando condiciones propicias para intentar un movimiento revolucionario victorioso mediante una huelga general, que se precipita en marzo de 1935, de cuyo Comité de Huelga yo formo parte. Guiteras, que ya había constituido Joven Cuba, compromete todo el apoyo de la organización al movimiento huelguístico, pero no lo controla. Apoya la huelga, pese a que consideraba que esta no debía hacerse sin un respaldo armado, para que tuviera posibilidades de triunfar. La huelga fracasa, consolidándose la reacción, liderada por Batista.

Después de la huelga, Guiteras mantiene la idea de preparar una insurrección contra el régimen imperante, el que contaba con el apoyo de los Estados Unidos en lo político y militar, este último por medio de la Misión Militar, adscrita al Estado Mayor del Ejército Nacional. Él considera que las condiciones están creadas, pues había un poderoso movimiento de masas, que aunque estaba desorganizado, era capaz de aglutinarse en defensa de las conquistas logradas hasta entonces. Él cree en la insurrección y a su preparación se entrega en cuerpo y alma.

Para hacer la guerra no bastaba con el programa de Joven Cuba, sino que además era indispensable obtener dinero, y quiénes mejor que los propios explotadores, aquellos que habían acumulado grandes fortunas, en su mayoría robadas al pueblo, fueran los que financiaran la revolución. El Comité Central de Joven Cuba, reunido en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, local que gestionó Gustavo Aldereguía, a petición de Guiteras, acordó autorizarlo con “carta blanca” para que resolviera la obtención de fondos, y Guiteras dispuso y organizó el secuestro del millonario Eutimio Falla Bonet. La operación aportó un rescate de trescientos mil pesos, que serían devueltos al triunfo de la revolución. Este numerario serviría para la compra de armas y embarcaciones. Entonces, se adquiere una finca en México, para preparar a los combatientes. Guiteras cuenta en ese país con el apoyo que le presta el general Lázaro Cárdenas. Su propósito era salir al extranjero, clandestinamente, y preparar dos expediciones armadas que debían desembarcar en Cuba para iniciar la lucha armada contra el Ejército y las fuerzas represivas de la tiranía. Una de las expediciones debía desembarcar por Oriente, la otra por La Habana, apoyadas por la aviación, para lo cual se había enviado a México a varios revolucionarios, para que se entrenaran como pilotos.

La Unión Indoamericana Antiimperialista había citado a una reunión de conocidas figuras revolucionarias en México, a la que Guiteras debía asistir junto con Carlos Aponte. Su presencia era reclamada con insistencia; debía haber estado allá desde hacía varias semanas, así que rápidamente lo organizó todo. Convocó con gran meticulosidad a los revolucionarios que le iban a acompañar, pues rehusaba salir solo y dejar detrás a los compañeros que más comprometidos estaban por su participación en distintas acciones. Lo acompañarían, entre otros, Carlos Muñoa, responsable del asalto al correo de Santiago de Cuba; José A. Casariego y Olimpio Luna del Castillo, responsabilizados con el secuestro de Falla Bonet; *Felo Crespo*, su

compañero en Las Gallinitas; Xiomara O'Hallarans, *Conchita* Valdivieso, y otros compañeros.

La salida del país debió ocurrir el día 8 de mayo de 1935, por El Morrillo, Matanzas. Durante horas estuvieron esperando al yate *Amalia*. Al amanecer de ese día, Xiomara divisó la silueta de un camión que se aproximaba y dio la voz de alerta. Guiteras, comprendiendo la complejidad de la situación, organizó la salida del fortín de El Morrillo, tomando él y Aponte las armas de mayor calibre, ordenando que se saliera de dos en dos y ocupando ambos los lugares más peligrosos para proteger la retirada de los demás. Combatieron con fiereza sin igual, pero perecieron en la acción.

Su muerte en El Morrillo fue para nosotros un duro golpe. Inicialmente, nos desplomamos. Fue un golpe anonadante para la revolución en Cuba, y en especial para Joven Cuba. Con la muerte de Guiteras se derrumbaron todos los planes insurreccionales que se venía fraguando. La Revolución Cubana necesitó de dieciocho años para recuperar la vía insurreccional, cuando Fidel Castro atacó el cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, y necesitó veinticuatro años para triunfar, el primero de enero de 1959. Eso te da la medida del golpe sufrido en El Morrillo.

**Suárez:** ¿Qué ocurrió en El Morrillo?

**Buch:** Guiteras fue traicionado, emboscado, asesinado, aunque en realidad los acontecimientos de aquel día estaban brumosos, oscuros. Es por eso que los dirigentes de Joven Cuba nos entregamos a la tarea de aclarar la verdad de lo ocurrido. Algo teníamos muy claro: la muerte de Guiteras sólo era posible porque hubo una cobarde traición y no porque los cuerpos represivos fueran efectivos.

La idea de que Guiteras hubiese sido víctima de una vil traición tomó cuerpo en nuestras mentes, y la investigación realizada por Joven Cuba terminó por identificar que, efectivamente, hubo una traición y que el delator era el oficial de la Marina de Guerra, Carmelo González Arias. Las investigaciones las llevó a cabo Newton Briones, jefe de Acción y Sabotaje de Joven Cuba, quien tiene el mérito de haber realizado una labor clave para evitar el desplome definitivo de la Organización a la muerte de Guiteras.

**Suárez:** ¿Sabía Guiteras de que Carmelo González lo había traicionado?

**Buch:** Un extremo que nos preocupó mucho a nosotros, era lo relacionado con si Guiteras al morir tenía conciencia de que Carmelo González

era un traidor a Joven Cuba. Todos los elementos reunidos por nosotros nos llevaron a la creencia de que Guiteras murió sin saberlo.

**Suárez:** Carmelo González fue muerto mediante la explosión de una carga de dinamita contenida en un bulto postal, en acción que se adjudicó Joven Cuba y que tengo entendido ejecutó usted. Sin embargo, el 27 de febrero de 1970, en el periódico *Granma* se publicó unas declaraciones de José María García, *El Viejo García*, donde asume la autoría de la ejecución de Carmelo González. ¿Qué hay de cierto en esto?

**Buch:** Lamentablemente, en ocasiones se ha publicado inexactitudes o errores históricos. En este caso, *El Viejo García*, como cariñosamente le llamábamos, incurrió en ello. A García le corresponde el mérito histórico, indiscutido, enorme, de haber conservado y preservado durante décadas los restos de Guiteras y Aponte, evitando que fueran objetos de escarnio o que, simplemente, los desaparecieran. Pero nada, absolutamente nada, tuvo que ver con el ajusticiamiento de Carmelo González. Posiblemente, la avanzada edad de García cuando le hicieron el reportaje en la revista *Moncada*, entrevista de la que se sirvió el periódico *Granma*, condujo a que García adulterara la verdad histórica. Es posible que en su mente se mezclara y se confundiera el ajusticiamiento de Carmelo González con la bomba al capitán Díaz Diez, en Pinar del Río, durante la época de Machado. Pero nada tuvo que ver con esta acción de Joven Cuba de vengar la muerte de Guiteras. En un artículo posterior de Marta Rojas, en el mismo periódico *Granma*, quedó aclarado el asunto.

**Suárez:** Entonces, ¿cómo ocurrieron los hechos?

**Buch:** Una vez determinada la identidad del traidor, hubo unanimidad en la dirección de Joven Cuba de que este tenía que ser ajusticiado. En consecuencia, se estudió y discutió distintos planes para ejecutarlo. Pero pasaba el tiempo, y Carmelo González Arias seguía vivo y su traición impune. El transcurso de los meses, en los cuales Batista había premiado a Carmelo González con cuarenta mil pesos y un ascenso a comandante, destinándolo en el Distrito Naval de Cienfuegos, convirtió la idea de vengar la traición en una verdadera obsesión para nosotros.

¿Qué ocurre? Yo había participado en la organización de la huelga de marzo de 1935. Cuando esta fracasa, clausuran la Universidad, me cesantean en Gobernación y se desata una tremenda persecución policiaca. La casa de mis suegros, donde vivía en el mes de agosto de

1935, es delatada; la Policía registra la casa, pero no me encuentra y se lleva presos a mi suegro, Cayetano Acosta Carvajal, y a mi cuñado, Roberto Acosta Hechavarría, y los mantiene detenidos por más de seis meses en el Castillo del Príncipe.

En aquellas circunstancias, mi esposa Conchita y yo tenemos que abandonar La Habana. Autorizados por el Comité de Huelga y Joven Cuba, nos fuimos para Santiago de Cuba, en medio de una situación económica personal apremiante. Me refugié cerca del Pico Turquino, en el lugar conocido por La Bruja, donde mi padre tenía una bodeguita. Fui delatado, pero tuve la suerte de poder escapar con la ayuda de pescadores y carboneros, antes de que llegara la pareja de la Guardia Rural que venía a apresarme. Entré a Santiago de Cuba en una goleta de transporte de carbón, como si fuera un trabajador más.

Me comuniqué rápidamente con mis compañeros de lucha en la Universidad y, al poco tiempo, el Comité Estudiantil Universitario (CEU) acuerda que debo ir para La Habana para continuar desplegando actividades revolucionarias. Por medio de Manuel Menéndez Massana, me hacen llegar dieciocho pesos para el regreso; y retorno de inmediato, acompañado por Conchita, para reintegrarme al CEU y trabajar en Joven Cuba, en la Sección de Acción y Sabotaje.

Dada la situación económica por la que atravesaba, los compañeros obtuvieron de Pelayo Cuervo Navarro, quien era secretario de Comunicaciones, una plaza como empleado de Correos, con un salario de treinta y tres pesos. Allí, aprovechando el cargo que tenía, cambiaba las cartas dirigidas a José Eleuterio Pedraza o a Batista con denuncias o delatando a revolucionarios, por otras de alabanzas, cuyos sobres tenía previamente franqueados. Recuerdo en una ocasión, que abrí una carta dirigida a Pedraza, denunciando la casa donde se escondían unos revolucionarios. Después de finalizar mi trabajo a las doce de la noche, acompañado por Luis Pérez Espinós, les echamos por debajo de la puerta un papel, señalándoles que habían sido denunciados y que abandonaran la casa. Luego, nos enteramos de que la confidencia era cierta y de que la casa había sido abandonada a tiempo.

Hay más. La estrategia seguida por Joven Cuba a la muerte de Guiteras era la misma que él había propugnado: que los grandes intereses económicos de la nación sufragaran los gastos de la revolución, y que cuando esta triunfara se les devolvería el dinero. Es por eso que se planifica y secuestra al millonario Nicolás Castaño Padilla, hecho en el que no participo. Los resultados de la acción fueron negativos, pues

el lugar donde tenían a Castaño fue descubierto, casualmente, por un campesino en busca de una res extraviada, y los tres compañeros nuestros fueron detenidos y asesinados. Entre nosotros se creó una situación muy especial, porque ocurrió de que uno de los compañeros se había convertido durante el secuestro casi en hijo de Castaño, pues lo cuidaba como si fuera su padre y fue, al final, Nicolás Castaño, con su actitud, quien determinó el asesinato. Entonces, se acordó hacerle un atentado a Castaño, y ahí sí yo tengo alguna participación, y consiste en que debía recoger a los cuatro compañeros cuando ejecutaran la acción para llevarlos a la casa de Enrique Henríquez, dominicano que estaba aquí exiliado. Allí no pudieron estar mucho tiempo, y tuve que llevarlos para la casa de mi suegra, Concepción Hechavarría, donde estuvieron hasta el anochecer.

Previamente, se había acordado tener una casa de seguridad donde pudieran guarecerse por mayor tiempo. Dulce Montoto alquiló la casa de San Bernardino No. 1, en Santos Suárez. Hago este relato para podernos ubicar. A esta casa le dimos el frente Conchita y yo. Nos establecimos como si fuera nuestro domicilio, nos suscribimos a los periódicos, se compraba un litro de leche diariamente para aparentar, se adquiría alimentos en la bodega y a los chinos que iban vendiendo por la calle, para el consumo de dos personas. La intención era crear un ambiente familiar que evitara que surgieran sospechas en los vecinos. Los compañeros del atentado a Castaño: Luis García Quibús, los hermanos *Cheo* y Miguel Ibarra y Antonio Fernández —*El Argentino*— convivieron con nosotros varios meses. Mientras tanto, yo seguía trabajando en correos, en el turno de la noche, pues entraba a las seis de la tarde.

Un día, en abril de 1936, en otro departamento de Correos, de forma casual, accidental, veo una cantidad de paquetes y me percaté de que son de la Marina de Guerra, que los enviaba a los distintos distritos navales de la República. Me vino a la mente la idea de ajusticiar a Carmelo González, utilizando una carga explosiva dentro de uno de aquellos paquetes.

Habilidosamente, sustraje uno de los paquetes y al terminar el horario de trabajo lo llevé conmigo a la casa. Amanecimos ideando la forma técnica de ajusticiar al traidor Carmelo González.

Luis García Quibús había dicho tener conocimientos de pirotecnia, lo cual no era exactamente así, pues tan sólo tenía ideas; no obstante, fueron las que se llevaron a cabo. Se abrió el paquete que contenía

circulares y órdenes de mando del Estado Mayor. Se pesó el paquete, para saber el peso aproximado, para que no llamara la atención en su día, y se le encomendó a Quibús la confección de la bomba. Se quitó con sumo cuidado el envoltorio, el papel, el cordel de cáñamo que lo amarraba y el sobre con el cuño del Estado Mayor de la Marina de Guerra. Había que borrarle el nombre de la persona a quién iba dirigido. Con muchísimo cuidado, García Quibús borró el destinatario y en su lugar escribió: *Capitán de Corbeta Carmelo González, Distrito Naval del Sur, Cienfuegos, Las Villas*. Había que ahuecar el interior del paquete, dejando en los cuatro costados parte de las circulares, de tal manera que nadie se percatara de su contenido, pues con el dedo podría pasar las hojas que se suponía eran el contenido del paquete. Con cuchillas de afeitar, García Quibús, pacientemente, se dio a la tarea de hacer todo aquello.

La idea técnica era colocar el artefacto explosivo en una caja de tabacos, la que tendría distintas secciones. Con un interruptor eléctrico de aquella época se fijaría los contactos, que al unirse permitirían que pasara la corriente al fulminante y se produjera la explosión.

Yo conseguí la caja de tabacos vacía en la vidriera del café situado en la esquina de San Lázaro y San Francisco. Por cierto, el joven que estaba al frente no quiso cobrarla. En la Calzada de Diez de Octubre, en La Víbora, en una sucursal del *Ten Cent Woolworth*, compré el interruptor, una pila eléctrica para linterna de bolsillo, y varios metros de alambre muy fino. Newton Briones envió con un compañero dos cartuchos de dinamita del sesenta por ciento, que pesaban una libra, los que recibí en el parque Finlay, y tres fulminantes eléctricos que trasladé a pie en un cartucho de café hasta Ayestarán. Por cierto, faltando varias cuadras antes de llegar, un auto patrullero disminuyó la velocidad y sus tripulantes me miraron. Yo continué sereno y ellos siguieron su marcha.

Guillermo Sánchez consiguió dos cartuchos de dinamita del cuarenta por ciento. Entonces, nos pusimos en contacto con el compañero Salvador Vilaseca Fornés para que se hiciera cargo de la parte técnica, en la que tenía cierta experiencia adquirida en la lucha contra Machado. Estuvo de acuerdo, aunque recomendó que fuéramos a ver a Cándido Durán, quien tenía más experiencia que él. Nos dijo que si Durán rehusaba, él se hacía cargo del trabajo. Durán, al que conocíamos por *Pu Yi*, accedió. Lo llevé un sábado a la casa de San Bernardino No. 1 y estuvo de acuerdo con el proyecto, pero nos advirtió que pudimos haber volado si hubiésemos acometido la obra



sin tomar las medidas de seguridad que él iba a proponer. Por indicaciones de Durán, Quibús abrió un hueco profundo, cercano a donde estábamos y colocamos un fulminante con un alambre porque Cándido quería saber si la carga eléctrica de la pila era suficiente para hacer efectivo el fulminante. Hizo la prueba, y explotó sin ruido alguno porque estaba muy profundo. Se pudo comprobar de que era posible, técnicamente, el proyecto.

Durán se dio a la tarea de preparar el artefacto. Con la madera de la caja de tabacos se había confeccionado una cajuela ajustada al espacio dejado por las circulares recortadas, la cual tenía tres secciones: una a todo lo largo, para colocar la dinamita; la del fulminante y, en la parte superior, un espacio ajustado a la pila eléctrica a fin de que no tuviera movimiento alguno. El contacto eléctrico se producía por medio de los dos interruptores del chucho eléctrico, colocados de tal manera que una astillita de madera hacia las veces de muelle; al cortarse o liberarse, el cáñamo que amarraba el paquete dejaba de hacer presión, para dar posibilidad a que ambos se unieran, con lo cual se produciría el pase de la corriente generada por la pila hasta el fulminante y ello provocaría la explosión. Durán había destinado otro fulminante, profundamente enterrado, para ir comprobando si había algún pase de corriente, lo que se hacía a ratos, antes de cerrar definitivamente el paquete. Como la dinamita del sesenta por ciento estaba muy húmeda, se utilizó la del cuarenta por ciento, aproximadamente media libra de dinamita. Los presentes nos encargamos de ponerle tachuelas, grapas y varios balines y municiones que habían sobrado del atentado a Castaño. Alrededor de las once de la mañana de ese sábado, quedó listo el artefacto con el cual íbamos a ajusticiar al criminal que segó la vida de Guiteras.

**Suárez:** ¿Qué hicieron con la bomba?

**Buch:** Previendo que la Policía pudiera asaltar la casa de San Bernardino No. 1 y se perdiera aquella oportunidad, Conchita y yo trasladamos, envuelto en un papel de regalos, el paquete para la casa de mi suegra, en Ayestarán. Con el fin de evitar sospechas, en lugar de ir en automóvil de alquiler, fuimos en ómnibus. Después de que salió Cándido Durán, salimos Conchita y yo. Nos dirigimos a la Calzada de Diez de Octubre, donde tomamos un ómnibus de la ruta 10 (Jacomino-Vedado), sentándonos los dos en el asiento detrás del chofer, que se encontraba vacío; abonamos el importe del pasaje al conductor e hicimos el viaje como cualquier otro pasajero.

Debemos resaltar de que Conchita se opuso a que yo llevara el paquete, al que habíamos envuelto en otro de colores, adornado con una cinta imitando un regalo. Ella decía que así llamaba menos la atención, y se lo puso sobre sus piernas, durante todo el viaje.

Cuando llegamos a la esquina de Tejas para incorporarnos a la Calzada de Infanta, donde había en ese lugar una fábrica de fósforos, se sentía un olor extraño producto de las emanaciones de los gases de dicha industria. Conchita me dijo por lo bajo: *Oye, este asunto está oliendo*, a lo que le respondí: *Mira, los únicos que no vamos a sentir olor alguno somos el chofer, tú y yo*, y nos reímos.

Nos bajamos en Infanta y Sitios. La madre de Conchita vivía en Ayestarán No. 8, en los altos de una botica que había allí. Ambos nos dirigimos al cuarto y pusimos el “paquetico” encima de un escaparate. Nadie en la casa se enteró, con la excepción de la madre de Conchita, quien se nombraba Concepción Hechavarría Ramírez, una de las primeras maestras que se preparó como tal, durante la intervención yanqui en Cuba. Esta mujer fue excepcional como revolucionaria; en la Revolución del Treinta, su casa en Santiago de Cuba fue centro y albergue de revolucionarios, habiéndole dado Arsenio Ortiz un plazo de doce horas para que abandonara la ciudad, y teniendo que refugiarse en Puerto Manatí. Durante la etapa insurreccional, continuó con la misma actitud y su casa, además de refugio de Armando Hart, René Ramos Latour, Faustino Pérez, Sergio González —*El Curita*—, y otros muchos revolucionarios, fue un centro de reuniones y contactos del Movimiento 26 de Julio.

Volvamos al “paquetico”. Almorzamos y esperamos, pacientemente, a que transcurrieran las horas, que parecían ser más largas que de costumbre.

**Suárez:** ¿En que fecha, aproximadamente, ocurre todo esto que me cuenta?

**Buch:** Todo esto que te cuento se ubica temporalmente a principios de mayo de 1936, muy próximo al primer aniversario del asesinato de Guiteras. Los acontecimientos tuvieron lugar casi un año justo después de su muerte, cuando se iba a conmemorar el primer aniversario, cuestión esta totalmente fortuita, no escogida por nosotros.

De allí en adelante, la misión quedó en mis manos. Un primer escollo a sortear era el relacionado con burlar el estricto control que había en la entrada de Correos, pues había la orden de registrar minuciosamente a todas las personas, funcionarios y empleados que entraban en la

dependencia. Por tanto, ese primer paso, el de introducir el artefacto, lo calculé bien.

Había estudiado el tiempo que tardaba el ómnibus de la ruta 28 (Buenavista-Muelle de Luz) para llevarme hasta Correos, y comprobé que a las seis en punto de la tarde, a la hora exacta de entrar a trabajar, me podía bajar corriendo y decirle a la posta de que me iban a cerrar el libro de firmas, con la esperanza de que en el apuro me dejara pasar sin registrarme.

Efectivamente, tomé la ruta 28, que bajaba por Teniente Rey; al llegar a la calle Oficios paró y no me bajé, sino que esperé a que continuara. Como el ómnibus iba con poca velocidad, me lancé frente a la misma puerta de Correos, en el antiguo convento de San Francisco, con un *jacket* debajo del brazo, donde llevaba escondido el paquete con la bomba y, a pasos rápidos, le digo a la posta :

— *¡Me van a cerrar el libro!*

Y me contesta:

— *¡Dale, dale!*

Ya había pasado el momento más difícil de la acción. Voy al departamento y les digo a los compañeros que voy a ponerles los cuños a los sobres de entrega especial. Entonces, voy a un extremo de la oficina, donde nos cambiábamos y nos poníamos ropa de trabajo, lugar hacia el cual llevo los sobres, y donde los pongo junto al paquete. Cuando salgo para la estafeta a poner el cuño, llevo el paquete y los sobres, y ya en la mesa dejo caer casi todos los sobres, que se esparcen por el piso, oportunidad en la que me agacho para recogerlos y dejar el paquete en el suelo. Acondiciono los sobres en la mesa, me levanto y antes de comenzar a ponerles el cuño, miro al suelo y simulo sorpresa al ver el paquete; lo recojo, lo miro con detenimiento y le pregunto al compañero que está distribuyéndolos entre las valijas para las distintas estaciones de correos en las provincias:

— *¿Cuál es la valija de Las Villas?*

Me la indica, y desde unos dos metros de distancia tiro el paquete hacia la valija. En ese momento respiré profundamente. Cometí un grave error, pues no debí haberlo tirado sino colocado en la valija. Ahora todo dependía de la buena suerte: que el mecanismo de la bomba funcionara y que la persona que abriera el paquete fuera Carmelo González.

En efecto, la bomba-paquete llegó a su destino y fue Carmelo quien lo abrió. El 8 de mayo, en el aniversario de la muerte de Guiteras, quizás el día antes, no recuerdo con exactitud, Carmelo abrió el “obsequio” de Joven Cuba, y quedó gravemente herido, falleciendo a los pocos días en el Hospital Militar del campamento de Columbia.

La justicia revolucionaria demoró un año, pero se cumplió.